



Elisa Romero
Jesus Rubio
Maria Antonia Ricas
Adelina Esteban
Gonzalo Melgar del Corral
Julia Pontes
Francisco de la Torre Diaz-Palacios
Jaime Lorente Pulgar
Amparo Ruiz Lujan
Paco Morata
Elvira Alonso Lopez
Fernando Nombela Pinana
Alvaro Cortijo
Jesus Pino
Pilar Marcos
Angel del Valle Nieto
Miguel Angel Curiel
Jacqueline Jousset
Fernando Joya Zamorano
Angel Pano
V.J.G
Ana Isabel Rodriguez Ortega
Juan Carlos Pantoja Rivero
Antonio Illan Illan
Manuel Quiroga Clerigo
Cristina Arias Vega

Ilustraciones:
J. Garcia, Pepe Morata

HERMES

REVISTA ESTACIONAL DE POESÍA

Hermes 20, Toledo, 2001

Revista Artesanal de Poesía

Dirigen y coordinan:

Maria Antonia Ricas y

Jesús Pino

Edita: *Hermes4*

Consejo editor:

Jesús Pino

Maria Antonia Ricas

Joaquín Copeiro

Juan Carlos Pantoja Rivero

Depósito Legal: TO-654-1995

ISSN: 1135-4801

Portada: Lucía Ruiz

HERMES 20



**PRIMAVERA
TOLEDO 2001**

Elisa Romero***d**onde la tierra*

Donde los pájaros bregan con el viento.

Donde los leopardos se afilan el hambre
con un grito de limbo
en las encías.

Donde las bocas de los hombres arrojan
valvas de moluscos
y los dedos curtidos de mujeres carmenan
al sol
un breñal de estrellas.

Donde la noche se endurece de granadas
lunas
desprendiendo gacelas solitarias
junto a los espasmos
de un dragón amodorrado.

Donde las vírgenes danzan desnudas
bajo el vientre lascivo de los sátiros
ofreciendo
ramos azules
a los dioses.

Donde las palabras se deslizan por la orilla
de los párpados
sobre gamuzas
de plomo,
rayando en las pupilas
la aspereza frutal de los almendros.

Donde los besos son trufas ocultas entre olivos
hervidero de torrentes
sofocados
de gaviotas.

Donde la tierra,
tan alto.



Clangor

La ventana
brecha de vidrio en el ladrillo...

Por rendijas
de párpados de plástico
vacíos
la ausencia de los ojos
clarines
sobre el brote de noviembre.
Terrones
de sigilo
bajo la lengua.

Las bardas
del corral y del asombro
mordaza para el agua
ceñida de rejonés
y frotada
contra el releje del aire en el barranco,
gota a gota
asperjada
desde racimos
de noche
la Luna
entre los pechos
albérchigos corajes
frente al toro machihembrado de sordinas
a capotazos de miedo y soledad.

agua de haikú

(A Takla-Makan. El confín y el germen. Constantemente.)

1.

p l
e e a
s i
a n r
e e

e o n
l l g e s
v e r d o
u i y
s

d a g a
e n a t
u v o
i

2.

Alcaravanes
por el cielo azafrán
de las marismas

3.

Galope de ángeles
levantan desde el fondo
turbas de escamas

4.

La mar marea
mareando mareas
con sus mareos

5.

La pleamar
oleaba mesetas
en su crecida

6.

El cormorán,
en los surcos del agua
sembrando plumas

7.

Por el barbecho
trotran crines de espuma.
Relincha el agua

8.

La Luna
se humedece de luz
y se dilata.
El Mar
hincha su vientre
por penetrarla

9.

Tiendo las manos:
a beber de mis palmas
desciende el pez

10.

Desde un lucero
se suicida la Luna
contra las olas

11.

Me asomo al charco:
titilando en el agua
veo mi rostro

12.

i s
c n
e
s
a
z u l e s
con su lento desliz
borran el lago

13.

El ruisenor
se contempla en la alfagra
y se fascina

14.

La golondrina
al posarse en la charca
troncha la luna

15.

Sobre la tierra
se derrama el silencio
de la calandria.
Bebe el jilguero la palabra de arcilla

16.

La garza deja
una huella de pez
en el desierto

17.

Por el azogue
de profundos espejos
mujer y hombre

18.

En los umbrales
de una vigilia
dos águilas cruzan el vuelo

19.

La celidonia
seduce al pintacilgo
en el trigal

20.

Como alfareros
modelaban sus cuerpos
de tierra y agua

21.

En un rincón,
estrujando sus pétalos
llora el jazmín

22.

La madrugada,
encendida de plumas,
arde en la piel

23.

El manantial
añora los zureos
de la paloma

24.

Sacia el camello
en el pico del ibis
su sed de peces

25.

Se están amando
la tórtola y el mirlo
en el silencio,
se están besando
la zumaya y el ibis
sobre el lomo del pez
con besos de agua.

Se están mirando
el ibis y la tórtola.
La zumaya y el mirlo
se están hablando.
Se están besando
el silencio y el agua.

Se están mirando
el ibis, la zumaya,
la tórtola y el mirlo,
el silencio y el pez
sobre el lomo del agua.

Se están amando
por encima del tiempo

26.

La larva revienta su crisálida para vivir mariposa
la brevedad del amor.
Después, el silencio de la seda.

27.

Limón acerbo,
se desgaja la vida
trago por trago

28.

Por la garganta
suben alas de plomo
al paladar

29.

Con la mirada
dibujaba palabras
para los pájaros

30.

Flores azules
rebotando los bordes
de la tinaja

31.

Un milano
desollando a su presa:
era un arcángel

32.

Tensando el aire,
una flor con dos alas
sostiene el cielo

33.

El abejaruco navega en el pétalo de agua
y mira embelesado
al abejaruco columpiándose en la burbuja de la flor

34.

Con el membrillo,
septiembre nos regala
temblor de almíbar

35.

Vuelan despacio
las alas amarillas
de un árbol solo

36.

La abeja liba
la leche malva y oro
del crisantemo

37.

Un cielo sucio
se vierte en los tejados
y mancha el suelo

38.

El cierzo aviva
un brasero de alondras
en el brezal

39.

Los allozales
reventando las yemas
contra la nieve

40.

Cuatro amapolas
subidas en su tallo:
cuatro rubores

41.

Botón de azahar:
aroma blanco y breve
de los naranjos

42.

La primavera
brota en fruto rotundo
de plenilunio

43.

El aire añil
aventa los colores
de primavera

44.

Alas de malla:
galanura en las ninfas
de las libélulas

45.

En su capullo
la oruga tejedora
urde alevillas

46.

Las seis y media...
el ciclamen acude
como otras tardes.
Ojos bermejos

47.

En el ocaso,
un sol en cada ojo
retiene el día

48.

El Sol
prende fuego a las nubes
al recogerse

49.

Revelación,
en el cielo corinto,
de luna pálida

50.

Dulce toronja
entre labios de agua
desaparece

51.

En un remanso
la fontana y Narciso
se reconocen

52.

Sobre el jilguero
desfallecen los pétalos
del amancay

53.

En el alféizar,
al rescoldo de estrellas
yace la alondra

54.

Silente luna,
silenciando silencios
con voz redonda.

Jesús Rubio

Marasmo: Antología y canciones

BLAS BRICEÑO (1973-1999). Disc-jockey y músico, sólo se le conoce esta incursión en la poesía: La felicidad es un puñado de canciones.

MAGGIE MAY (ROD STEWART)

Felicidad, amigo,
eso es lo que buscamos.
¿Y qué es la felicidad? Yo no lo sé,
supongo que tenerse en pie si el viento
arrecia, pero no me hagas jurarlo.
Todavía recuerdo a Maggie, amigo mío,
dejé que se marchara.
y claro que no soy desde entonces
el mismo. Nadie lo es.
¿Cómo dices? No, no,
no es esa Maggie a quien yo me refiero,
además es un nombre
supuesto, como Layla.
Acabo de apurar otro café,
otro cigarro más. Me estoy matando,
lo sé, pero la vida es una muerte
aplazada, un contrato con el tiempo.
Niños jugando al fútbol en el parque

y cerveza en el vaso...
¿Es la felicidad? Pues puede ser.

WHISKEY IN THE JAR (THIN LIZZY)

Hemos quedado pues
que la felicidad es un puñado
de estampas en un álbum,
un manojo de alientos
y estas viejas canciones
que estamos escuchando.
Cervecita en mi vaso, una guitarra
rota y voces que lloran.
Porque todas las voces lloran, sí:
el dolor es así de democrático.

RAMBLIN' MAN (ALLMAN BROTHERS BAND)

Conozco cierto cuento:
es la historia de un hombre que de joven
abandonó su patria pues quería
conocer los secretos de la tierra.
El hipnótico encanto de sus ojos
le ayudó a seducir a las más bellas
y a los más poderosos.
Y cuando regresó,
pues sus huesos pedían ya su abrigo,
sólo pudo decir:
«No me preguntéis nada porque nada
puedo contaros». Fin.
No sé que significa,
yo, tan sólo, mi amigo,
te regalo este cuento que me dieron.

ANGIE (ROLLING STONES)

No, mi querido amigo,
no conozco a esa dama
de la que ahora habla
este cantante. Digo simplemente
que lloro junto a él. Extraño, sí,
pero todo en la vida
no debe tener siempre su razón.
Tener siempre razones es muy fácil.

UNDER DE THE BOARDWALK (THE DRIFTERS)

Escucha esto, amigo:
es un hombre que pasea y recuerda
en el muelle a su chica...
Escucha, hombre, escucha
cómo lamenta haber sido dejado.
Como todos ¿O no?
¡Que levante su mano quien jamás
haya sido dejado por su chica!
Nadie la levanta.

HAVE YOU EVER SEEN THE RAIN (CREEDENCE
CLEARWATER REVIVAL)

¿Has visto alguna vez la lluvia?, digo
la lluvia verdadera.
¿A qué es maravillosa pese a toda
su tristeza, mi amigo?
La luz es más odiosa, pues nos miente
a todos poco a poco.
Que la lluvia es honesta nunca olvides.
Creo que deberíamos parar
un rato pues te noto algo cansado.

LIFE'S A LEMON AND I WANT MY MONEY BACK (MEAT LOAF)

La vida es un limón
y quiero mi dinero. Es un buen título
para cualquier canción.
Yo no tengo tan claro que haya alguien
que vaya a devolvernos el dinero.
(Claro, que si lo hubiera, vaya chasco).
Son preguntas profundas, me reprochas,
bien, cambiemos de tema:
¿Por qué no se le canta a la manzana
y sí al bujarrón de Isaac Newton?
¿No merece un recuerdo aquella rama
que truncara la vida de Van Othow?
¿Y tanto defender a las ballenas
con tanto manifiesto
que nadie se acuerda del murciélago
de los de oreja gris que también está
en vías de extinción?
No, no, no. Hay que hablar de cosas graves:
el amor, las cenizas y los senos.
Pero puesto que hablamos muy en serio
debemos convenir
que va a ser muy difícil que acertemos.

BLITZKRIEG BOP (THE RAMONES)

Ya sabes que escribir como los ángeles
es imitar a Góngora
así que quede claro que yo asumo
que escribo con pezuñas, no con manos.

POETRY IN MOTION (JOHNNY TILLOTSON)

Tras este breve inciso te pregunto
si, mi querido amigo, te apetece,
bailar conmigo un poco.
Sí, bailar a la sombra de la luna
o en un bote de remos.
Hay quien dice: bailar es poesía
en movimiento. Yo creo más bien
que cuando alguien baila está huyendo.

STAND BY ME (BEN E. KING)

No te vayas, amigo,
yo quiero que te quedes
a escuchar cómo llora Neil Sedaka.
Yo quiero que te quedes
hasta que el humo ciegue nuestros ojos.
Escucha este puñado de canciones.
Que la felicidad
no precisa clarines ni edecanes,
es más bien una armónica perdida
que de pronto aparece en un cajón
al buscar nuestro Libro de Familia.
Que la felicidad es la ración
de churros de cualquier día
de fiesta,
un gol inesperado por injusto,
su risa ante una infame
película de Landa o Marisol,
o también un puñado de canciones
como éstas que estamos escuchando.

EDUARDO BARRANTES (1950-1995?) La historia de Eduardo Barrantes ha sido relatada hasta la saciedad por cientos de biógrafos atraídos por su extraña desaparición, que se desconoce si fue la definitiva. Reproducimos una serie de poemas de su *Poesía Última*, donde parece estar de vuelta de todo.

Del tiempo y otros demonios

¡Menuda bicha el tiempo, que se arrastra
hasta el desván y arranca un soldadito
de plomo, una muñeca mutilada...
Sisea y su siseo nos devuelve
suspiros, ayes, voces y canciones
que no reconocemos.
El tiempo es una víbora que bebe
hasta hartarse en la charca del olvido.
Y la vida, un guindilla quisquilloso,
y el amor, una empresa de trabajo
temporal -apostilla mi mascota
que además de virtual es muy bocazas.

Poema de amor con ventaja

Lo dice
una revista científica:
mirar nos cuesta
a todos
ciento sesenta y cinco mil millones
de pesetas al año;
trece mil quinientas de media.
Lo de hacer el amor ya ni te cuento
lo que nos vale...
Como yo no me canso de mirarte,
ni tampoco de amarte,
aquí está mi alma
por si alguien deseara embargármela.

Una definición

Esta vida es un husky siberiano,
simpático pompón cuando cachorro
por mucho que se orine en los rincones
para martirio y muerte del parque.
Ya crecido, se niega a devolvernos
el palito y solaza su mirada
en las damas y no en las musarañas.
Mas la alarma no cunde hasta que llega
el día en que sus dientes acuchillan
su sonrisa y con ella su inocencia.
El lobo ha regresado y sólo queda
coleccionar las lunas que podamos.

Antipoema de amor

¡Cuánto amo dormir sobre tus senos
(y que no llamo tetas por decoro)
y oír tu corazón enamorado
y hasta incluso el sonido de tus bronquios!
Duerme feliz, amada mía, duerme,
desvelo de mi vida y mis ahorros,
porque yo sobre un lecho tan carnal
debo de ser el hombre más dichoso.

A la sombra de un whisky y un cigarrillo

Vivir
es una peli de Sirk
sin final feliz.
La (única) esperanza
lleva el nombre de otra persona...

Recuerdo

Tú eras la reina de los vientos,
yo, un remedo de Curro el Palmo.
Tú tenías al tiempo de tu lado,
yo conducía un tren lleno de complejos.
Éramos un imposible:
yo escuchaba a los Ramones
y tú amabas al Perales...
Pese a todo,
te recuerdo, Amanda,
o Mónica o Carlota o Leticia
(¡Joder, se me ha olvidado tu nombre!)
pero es cierto lo que cantara
Víctor Jara:
La vida es eterna en cinco minutos;
esos cinco minutos que tributo
todos los días a tu mirada.
Y durante tan leve instante
me siento tan vacío
como un compact disc sin su libreto.

Advertencia al amor que no se entera

El noventa por ciento del tabaco
que a diario yo devoro, mi martirio,
es muy cierto que no lo necesito.
Y toditos los pasos que derrocho
persiguiendo tu sombra sordomuda
son tan sólo fracasos sincopados.
Con tanta procesión, tanto cigarro
sé que debo durar el mismo tiempo
que el de un pacto gobierno-sindicatos.

Muerte de un pavo

Debe ser este mundo el chascarrillo
de un dios algo tarado, pues he visto
el cadáver de un pavo corrompiéndose
en medio de una calle de Marasmo.
Se trata de una tumba inverosímil,
como hallar a un amable funcionario.

Poema exagerado

Puedo decir
que te quiero hasta la indigencia
o que
todos y cada uno de mis huesos
paladea tu nombre,
que no duermo,
que no como,
que me tutean mis ojeras,
que me he ido a vivir al estanco,
o que mi corazón está buscando
un asesor jurídico.
Puedo decir más:
que no me importa el mundo,
ni la capa de ozono,
ni los males del Madrid,
ni las aventuras de mi gato,
que sólo me importa
tu mapa más próximo,
tu mirada,
tu sonrisa,
tus gestos,
tus caricias,
tus besos,

tus suspiros,
tus sueños,
tus miedos,
todo lo que dices,
todo lo que callas,
todo lo que muestras,
todo lo que enseñas
y esos conjuntos que te pones, tan monos.
Estoy exagerando, de acuerdo,
pero es éste un mundo extremo.
Es algo que braman los pájaros
y lo recitan los rockeros.

Nada de rendirse

Si incluso las palomas -animales
que yo desprecio tanto como a mí
mismo-, si las palomas, repito,
pueden hipnotizar a los gatos,
qué motivos, leona mía, encuentras
para que yo renuncie a ser el cuervo
que *okupe* tu mesilla y tus suspiros.

El milagro del amor

Dices que me amas,
pese a mi panza fiera,
mi desmayada mirada,
mi flaqueza, mi inseguridad,
mi halitosis capicúa,
pese a que soy más perro que un charco,
que no soy nada detallista,
que tengo mala cabeza para las fechas

y mala mano para los números.
Dices que me amas,
a mí que de toparme con la bella durmiente,
me acostaría a su lado,
me amas
pese
a que ya sabes que nada de nada...
En verdad que el amor es una de las variantes
del milagro.

Queridos cantamañanas

Puedo decir:
la noche se derrama por las aceras de la ciudad.
O también:
acabo de ser asesinado por una mirada verde.
Pero decir bien las cosas,
queridos cantamañanas,
no significa comprenderlas.

María Antonia Ricas

El fantasma de narciso

-¿Me conoces?-

le preguntó una paloma gris mientras se liberaba
y cruzaba las dos puertas de Al-Yahud.

-¿Me conoces?-

le preguntó una voz de mujer cansada en la costumbre
de perseguir el rastro a una pasión ardiendo.

Él buscaba en su memoria
reflejos de la dama discreta y sonriente.

Y hubo un tiempo en que no reconocía su deseo
sobre la transparencia
y no se aseguraba en las imágenes de un amor.

Ahora se pierde en el agua de sí mismo,
se deja llevar al mar con la falsa dulzura de la muerte
y se precipita al humo
de la primera malicia del espejo,
se precipita a la burla de su propia belleza malgastada.

Adelina Esteban

Fotografías de la Royal Geographical Society (V)

Un grupo de la tribu turkana danza alrededor de un árbol en 1906

Han parado las lluvias y los pastos
tienen color de alegros de Vivaldi.
Daremos los regalos de esponsales
a las hijas
y qué desearemos
más sino las sombras
del árbol que agradece los saludos
con voces
al centro de la tierra, a su perdón
dormido.

Miles de flamencos en el cráter del Ngorongoro, Tanzania

Manchas de luz, hay niños: donde hubo fuego, vuelos,
jugar con piedra pómez, peces sobre las ascuas.
Así está el corazón dejándose pisar.
Se empeñan con el barro, chapotean y gritan.
Toman tu corazón. Donde hubo fuego, el agua.

**Scott y sus hombres en 1911, tres meses después de
iniciar su expedición al Polo Sur**

Andar hasta morir
o dormir con los brazos destapados
como un niño pequeño que confía
en la tierra.

Andar hasta morir
o calentar un sueño
de dioses sobre el hielo.

Andar hasta morir
o soñar el delirio sin descanso.

Abril de 2001. Puerto Rico

Gonzalo Melgar del corral

I

(Soneto)

Como el pez en el agua, yo no he visto
nunca el mar y en él soy y él me rodea
dibujándome límites, me crea,
me da tres dimensiones. Imprevisto

fulgor que me revela que no existo
fuera de Él. Él anhela que yo sea
nada para ser Él. Yo me resisto
a dejarme arrastrar por su marea.

Y así, pretendo gobernarme y vago
y yerro, sin salir de su presencia,
queriendo ser «yo mismo»: Vano halago.

Babel de mi intelecto. La Conciencia
sabe que me diluyo y me deshago
tal y como mi muerte lo evidencia.

II

Vencejo aleteando sobre el asfalto tibio
arrastrando unas alas inútiles y un cuerpo
sólo para los vuelos concebido.

Igual, nosotros vamos, atisbando
cielos desde los suelos, arañando
la tierra, presintiendo infinitos abismos
donde caer, caer... ¡vértigo! Abrir las alas
sin saber ni siquiera si tenemos,
sin saber si están rotas,
si es un largo planeo o un volatín absurdo
de espaviento y de plumas,
sin saber si el vacío es nada o todo
si es lo mismo o es más o es la caída,
tan sólo la caída, la caída...

III

Habituado al cansino ritmo de mi pecho,
desemboco en tus aguas, me remanso lento.
Tardos meandros, fangos que arrastro, restos
que pienso que son yo: sólo desechos de una vida que
acaso no viví, imaginada ...

Pero al oler la sal me turbo y por debajo
siento corrientes vivas de mareas y tiemblo
y siento que soy yo, que soy Tú, oh mar perpetuo,
y me aterro y quisiera remontarme a mí mismo,
volver al cauce antiguo, a mi luz primitiva,
a esa esencia vital que poseía
y darte, al darme a ti, agua más pura.

IV

(Soneto)

Cultivé *mi* intuición de desearte.
Fuiste, en *mi* practicismo terrenal,
compensación de *mis* excesos, parte
que equilibraba *mi* pulsión carnal.

Y anidó en *mí* tu germen. Por dejarte
un hueco en *mí*, con vocación natal,
entretejió *mi* carne dónde amarte
y en *mi* entraña enraizó tu flor letal.

Hoy en *mí* crece un fruto. Putrefacto
siento *mi* lado oscuro. Casi muertos,
cifran *mis* miembros su futuro en Ti.

Quiero salir de cuentas. *Mis* entuertos
mi alma dilatan hacia un tiempo exacto
en que la luz abierta me destruya a *mí*.

Julia Pontes*En la estepa fría y seca*

En la estepa fría y seca
has dejado tu ilusión.
En el valle no la busques,
que no esconde su verdor.

Sólo encontraste dolor
en la fronda del amor.
Nada se puede esperar.

No busques lo que no das,
no añores lo que dejaste,
que fue por tu voluntad.

Sentirse amada por un imposible

Sentirse amada por un imposible
es sentirse amada por un muñeco de papel.
No se siente,
no se vibra,
no se sufre.
Es nada.

Sentirse amada por un imposible
es sentirse amada por una figura de humo.
No se llega,
no se alcanza,
no se llena.
Es nada.

Sentirse amada por un imposible
es sentirse amada por una pompa de jabón.
No se abraza,
no se besa,
no se ama.
Es nada.

Francisco de la Torre Díaz-Palacios

¡Qué años!

La vida no pretende pasar.
He pasado yo.

En un reservado lugar
ha quedado mi infancia,
ignorante y encantada,
mis enfados, mis risas,
mis juegos,
en un hogar sembrado
de cariño y gracias.
¡Qué años!

La brusca adolescencia
me trajo el acné,
un brote de quimeras
y el ansia por lo desconocido
tan conocido después.

Quise averiguar el porqué
de las nacientes formas de las vírgenes,
de sus rubores,
de su hablarme en silencio
y dudaba entre asfixiar o promover

esas llamas
parte integrante de mi ayer y de hoy.
¡Qué años!

La juventud se coló
como un ladrón de misterios
entre los resquicios de mi carne trémula,
inundó mis cimientos
y cimentó una confusa ambición,
apagada más tarde
por esa extraña fiebre
de ofrecer más, sin compensación.
¡Qué años!

Surgió el amor
en lámina de niña-mujer,
y me sentí hombre
con el vigor del guerrero
y la petulancia del erudito
capaz de vencer siempre
No fue así.
Me derroté en el duelo
abierto sin causa
ante el estupor de la mujer-niña
y dejé correr las páginas del almanaque
sin detenerme en la fecha clave.
¡Qué años!

La profesión,
el matrimonio,
la progeñe,
los problemas,
unos rayos de sol en la madrugada,
la muerte haciendo de las tuyas

en el entorno
y la conciencia de esa gran verdad,
la única,
que la vida es principio y es final.

Y estoy aquí, expectante
ante el volátil presente
que apenas es nombre, raya, línea,
hito o poste,
entre el antes y el después...
Ya no me atrevo a declamar
!Qué años!

Borracho

Una mañana fría
de un invierno inclemente.
La calle, lívidamente vacía
un local desangelado
tras el desorden nocturno
en el que jóvenes diablos,
sexo duro y sexo blando,
intercambiaron sus conjuros
de humo denso y alcohol
hasta encadenarse en sus cuerpos
sin venia de la diosa Razón.

En esa mañana
y en ese local,
otro diablo, viejo,
sin nada que hacer,
herido de drogas,

de tiempos,
de aventuras locas,
de promesas rotas
y recuerdos inútiles
ruega una copa,
ópera prima de la jornada,
y oye la voz imperiosa,
amistosa también,
que le dice:

-¿Ya estás aquí?
¡Ni ginebra ni vodka!
¿Es que quieres morir?

-¡Necio, tío!
surge de la boca del borracho,
«Ya he muerto, muerto,
desde hace más años
que tu vida asquerosa.
Te pido una copa,
porque intento dormir
y, si aún es posible,
soñar»

Jaime Lorente Pulgar

Pensé que eras tú

Pensé que eras tú
la esencia de rosas
que el rumor del viento
me ofrecía en la tarde.

Pensé que eras tú
la sonora voz del silencio
que susurraba a mis tenues oídos
la armonía que el grito deshace.

Pensé que eras tú
la brisa que llamaba mi estancia
cuando yo andaba con el alma a solas
y entonces yacía en átomos de aire

Pensé que eras tú
el gemido de las bramantes
olas que sentía mientras soñaba con tu presencia,
aquellas olas que ya no vuelven...

Pensé que eras tú
el silencio al que robó un beso mi alma.
Sé que es un sueño, vivo en sueño.
Ay, mi aura encendida, ¡si yo pudiera besarte!

XVII

¡Cómo resopla el viento
cuando tañe con fuerza
su vigoroso nombre en el umbral
de mis sentimientos!

Que el resplandor de su luz
incorpórea brilla en lo más
alto de mi lamento,
porque no sé su nombre.

Melancólico aguardo a que llegue mi silencio...

XXI

Allí marcha la mujer que ofreció
ayuda a mi desesperanza.
Ya no me recuerda...
¡Qué triste es poder amar
y no saber a quién se ama!

Álvaro Cortijo

En las aceras del mar...

A Alfonsina Storni, en memoria.

En las aceras del mar, sentada cada tarde, desleída en cielo. Cosiendo latidos a los paisajes muertos en los que te pierdes, ajena al ir y venir de las gaviotas, a la lenta sed de la arena, sentada cada tarde, con un hoja blanca entre las manos. Apenas se divisan nubes en el cielo, algunas, pocas, te miran y se despiden de ti agitando su pañuelo de agua y prematuras estrellas, se van, viajeras, deslizándose por los senderos del cielo, en busca del reverso de otros soles que nunca podrás ver.

Va desplegándose la noche, casi imperceptiblemente. Las olas acercan, regresan, traen recuerdos olvidados a la orilla, los reconstruyes, libándolos del mar, los abrazas, vuelven a tu memoria caprichosamente desordenados, danzando una música de espuma que sube retorciéndose desde su escondido nicho en las ánforas marinas, alrededor de ti, luminosos, deslumbrantes como luciérnagas escapadas de las otoñales páginas de un libro de cuentos de cuando eras niña, se posan en tus párpados, se burlan, dibujan centelleantes espirales de oro en el aire empapado en añiles, depositando en tus ojos esas antiguas imágenes.

Es de noche... y es hermoso el paisaje que la borda, paseas por la playa desierta, es un acercamiento a Dios, a la magia... tus pasos suenan al mismo ritmo que los golpes de las olas contra los acantilados metálicos, tus huellas nadan en la arena junto a las de él, se materializan en ausencia. Es de noche... el ojo nocturno del cielo parpadea tristísimo y a lo lejos brillan las luces de la ciudad, rebotan en las paredes del viento las risas provenientes de las terrazas interiores de los hoteles, las animadas conversaciones de la gente que camina por el paseo marítimo, las roncadas voces de los poetas callejeros, los rasgueados llantos de las guitarras desangradas, son instantes que han dado la vuelta en la pared azul del infinito y han regresado hasta ahí, hasta esa pequeña playa, para darte otra vez la mano... interminablemente espejo, eternamente círculo.

Es de noche... las olas van desenterrando tus pies clavados en la arena, no importa nada ni siquiera que se moje tu corazón de alga, se perfila en tus labios una sonrisa goteando incertidumbre. Es de noche y la hoja blanquísima juega entre tus dedos, no encuentras la palabra justa, precisa, con la que comenzar el poema, una palabra que te sobremuera en el tiempo... y la hoja cae, navega, vaiviene arrastrada por las hambrientas olas, sin nada escrito, ya no te quedan palabras ni siquiera una miga de luz que llevarte a la boca.

Te levantas, paseas por la orilla, ausente: bebes, escupes tus sueños anoréxicos sobre la arena muerta, caminas hacia el agua, hacia un desierto de espejos que espera abrazarte con manos de pez, te introduces de golpe en el mar, es frío su tacto y su ronroneo, nadas hacia el otro lado del océano, despacio, sola, varias olas te miran e intentan, inútiles, devolvete a la orilla, sonrías, mientras dejas que tu hambre de sueños se disfrace de mar...



Ganja 2001

Amparo Ruiz Luján

Mi casa es sólo ésto: una morada limpia
que rezuma tristeza.

La noche interminable la lleno de recuerdos
y suenan los tambores para anunciarnos nada.
Las noches son eternas porque el amor se fue.

Nos queda poco tiempo como a las caracolas
y los dioses, que han dejado de serlo,
buscan la sinrazón con alas de paloma.
Los dioses han perdido la autoridad de amar
y vuelven a sus templos guiados por la turba,
por familias honradas que besan crucifijos
y vírgenes que lucen medias de Christian Dior.

Nos queda poco tiempo entre las caracolas
y el dolor, este viernes, atajándome el paso
con un olor a cuerpos que han amado sin pausa,
arañan las vergüenzas detrás de las cortinas
y comen las migajas de la desolación.

Hoy me regalas penas que no podré nombrarlas.

Me queda poco tiempo como a las caracolas
y derramo la vida huyendo de la muerte
que ávida me alcanza.

Yo recalco en la luna en este Viernes Santo
con vértigo en el vientre sembrado de jinetes.
Me queda poco tiempo.

Tú eras mi destino.



I. Gaviria 2001

Paco Morata

Variaciones sobre el mismo tema

I- Alba

El tambor a veces - motores de explosión en los
semáforos -, la voz, la luz del día,
aleteo de pájaros sin trino,
pasos tras una puerta en la conciencia,
condenada.

Desprevenidas almas,
cobijadas del alba en los dinteles,
frío pegado al agua en los alares,
al corte de las uñas en la carne,
al adiós de un te quiero - no es cierto - en los oídos.

La marquesina del bus, que no ampara,
no perdona las culpas de la sangre
amasada de hielo en los bolsillos.

A las siete, en ayunas, poco importa
la belleza dormida en esos ojos
que rozas un instante y humedeces
los labios con la punta de la lengua,
tu lengua; es una pena que no te dé los suyos.

II

Recrea ante mis ojos un diluvio
de narcótica esencia que embelesa:
un mar ahogado de aire en las palabras;
el mar del crudo invierno, cuando nadie
viene a pisar la playa, salvo un perro
errante que ha agotado las cuatro dimensiones;
el mar que nace y muere en sus pupilas,
un océano urdido de canciones,
donde todo el azul, todas las sales
se alimentan del flujo de las lágrimas;
que te lleva, mecido por sirenas,
a la nave de Ulises, al naufragio
inevitable contra los escollos
que ofrece de sus párpados, llorosa.

III.- Remedios caseros

Recorrer una playa, el espigón
junto al muelle de una ciudad extraña.
Abrazar esa sal, que me provoca
disimuladas lágrimas.

Abrirme

las venas, los poros, para la brisa,
que no recuerda músicas antiguas,
ni ha olvidado tampoco los quejidos
de tu cuerpo y mi cuerpo abandonados
al curso de la noche, de las bocas
desgarradas en dos como una tumba.

No sucumbir al choque de mi imagen,
con cien años de más, de paseante

que se refleja, solo, en los cristales.

Hacerme el fuerte, sonreír, al tiempo
que hojeo en la memoria anuncios por
palabras, la llamada de socorro
de alguien como yo, que busque piso
de alquiler y compañero de viaje.

Ignorar el tirón de tu recuerdo.

Y no estar contigo otra vez si no
es posible que mueras en mis brazos.

IV

Te amaré hasta la muerte - dijo, mientras
sacaba de la funda un estilete.

V.- Fénix

Ha pasado la chacha por la sangre,
colocado el desorden de la propia
expiración, recogido sus restos
en paquetes que ha ido repartiendo
por secciones diversas del olvido.

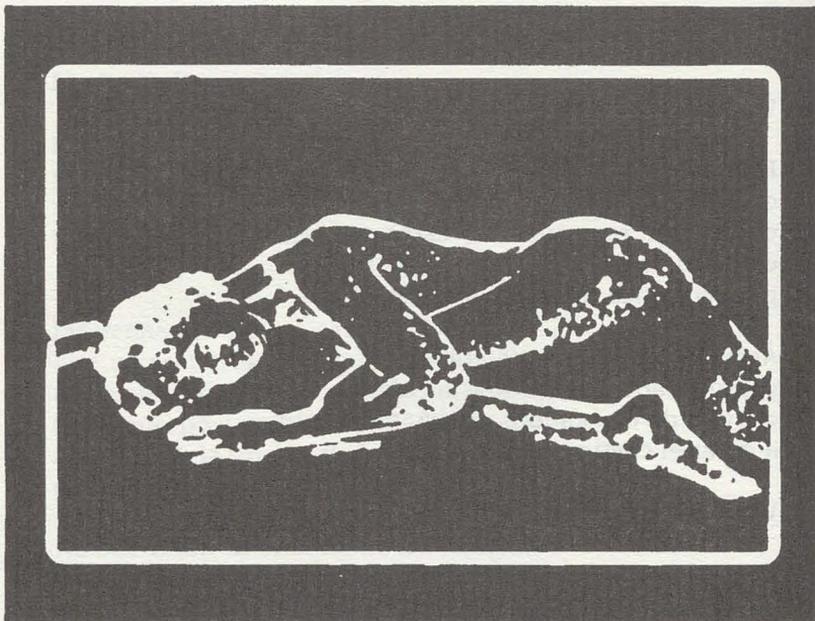
Aseado, calzado de cinismo
y perfumado, ha salido a la calle
convertido en hombre nuevo, dispuesto
a gozar el castigo de otro día.

VI.- Alba

El tambor a veces - motores de explosión en los

semáforos -, la voz, la luz del día,
aleteo de pájaros sin trino,
pasos tras una puerta en la conciencia,
condenada.

(De **Arquitectura efímera**)



T. GARCÍA 2000

Elvira Alonso López

I

El ocaso, a la orilla del mar
grité varias veces tu nombre
y no encontré más
que la respuesta del triste eco.
¿Dónde estás? ¿No puedo hallarte?,
sé que has muerto pero no
puedo cesar en el intento
de sentirte de nuevo conmigo.
Las lágrimas ya no vacían mi mente
ni me quitan este peso del corazón,
no borran nada, no limpian nada,
no sirven de nada ... ¿dónde estás?
Cesé mi llanto para volverte a llamar,
y como vi que no venías
me convertí en lágrima
y me lancé a la mar.

II

En estos días (que no amanecieron),
nos hemos sumido en la penumbra
hablando de incertidumbres y descartando certezas.
Casi nos ahogamos los unos a los otros con el único afán
[de sujetarnos.

En estos días (que no amanecen),
nos hemos transmitido los miedos: tus miedos, mis miedos.
Casi nos ahogamos el uno al otro, casi
nos ahoga esta tristeza.

En estos días (que por fin, amanecen),
mi vértigo hacia el no sentir es tal
que pensarte inexistente
rebasa los bordes de mi locura.

... En estos días..
 todo este tiempo,
 rozando la nada
 con nadie.

III

Suspiro en silencio buscando un lugar aún lejano,
sin tiempo ni sitio, sin lugar ni paradero.
Susurro, y mi voz se escapa despacio
buscando un lugar donde perderse para siempre.
Porque poco a poco el alma se nos pierde
porque poco a poco la voz se nos apaga,
porque día a día se acrecienta este grito interior
que me ahoga, me persigue y me asfixia,
- sin sentirlo, noche a noche -,
acrecentándose mi oscuridad, mi dulce socorro,
el grito helado de mi garganta que presiona mi voz
hacia adentro,
y dentro, deprisa explota.
Quizá no sean más que vagos sentimientos
fuerte aire de nostalgias que se confunde con lamentos
quizá no sean más que grises nubes de esperanza
o simplemente me confunda esta gran dosis de silencio.



I. GARCIA · 2001

Fernando Nombela Piñana*PECIOS*

I

No dejaré esta aldea. Nunca.
Aquí nada tengo.

¿Y la vida? Un nombre solo
para acariciarlo a solas.

Nunca, no sé porqué,
dejaré esta aldea. En ella,
no sé, me abandono.

No sé, en ella, por qué ella.

(itaca)

II

Héroe fuiste en vientre dulce, celestial loba. Mas estoy oyendo el ritmo
en el aire de tu caminar,
del aire en donde miradas de tiempo trazan en vano fronteras;
y contemplando cómo esas manos elaboran la espada que soportará tu
vida, ya por luz
herida, ya sin luz caída. Y canto —enfrente un espejo, a cada instante
mas sucio- inútilmente.

(héroes)

III

Sed, lejana lluvia,
aún no nacieron las aguas;
certeza hiriente,

a ella encomiendan muchos hombres
rostros y mirada.
Otros, también muchos, sangran
solamente.

Solas

sus máscaras desolladas.

(mensaje trágico)

IV

Asolado príncipe del azul encapotado. Cantas, tu mirada la melancolía
tus ojos húmedos de celeste ruina.
Cantas, con música oscurecida, con las palabras del ángel que fuiste en
bulevares del cielo: rota altura
que a veces levanta tu caída —oh idealista arruinado— para después
caer, otra vez lastimado, hacia nuevas, novísimas ruinas.

(luciferinos)

V

Hace unos años miraba el mundo
a través de la ventana
que ahora miro y recuerdo.

En ella veo enmarcado el miedo
y un muro ciego a la esperanza.
Las palabras son hoy como vaho.

(blues del porvenir)

VI

He soñado, sentido, sido
transparencia.
Luego pesadilla, naufragio.

Ríos o voces,
naves o risas, alimentan
el insomnio
de la playa. Olvidan la música
del mar egeo.

Acrecientan sombras que seré.

*(presentida la realidad hecha verdad
de su venganza, un bufón se confiesa
en la playa de lemnos)*

VII

Leídas calles, en la acera flacas odas a la hepatitis, ángeles terribles
coleccionando enfermedades;
blancos y sucios, desheredados del tiempo, desterrado de no sé qué
cielo: más bellos que luz de dioses.

De entre ellos (monstruos que muestran mi rostro: sus rostros) soy
el que da la vida a otro cigarrillo.

(monstruos)

VIII

De madrugada aquella luz, tibio
fogonazo o llamarada en calma
de pronto entrega.

No, no quisimos
-su dolor, qué miedo- la belleza
que despierta en esa lentitud
suave de algunos amaneceres.
Nos perdió -perdimos- la luna
fría de muchas, tantas noches.

(birds in the night)

IX

Amanece -ligeramente sangrientos-
de espesa, lenta luz,
la alcoba. Sobre el lecho
blanco de las noches, olor de llama,
las bengalas de tu piel;
palabras sofocadas.

Ecos en vanguardias y, desperezada,
la paz entre los brazos
guerrilleros del deseo.
Fábula de espectros: algunas mañanas
en luz desesperamos.

(alborada)

X

No habrá más primaveras(?) (Petrarca).

Al fondo vencidos
nuestras voces
sumergidas tras el naufragio
sembraremos pecios

en espera de que nazca
la esperanza
 y volver
a sentir en la crecida
de las aguas
el cuerpo en verde aire
de las hojas.

(estación)

Elisa Romero

De aves/Ícaro

Todos los sábados por la mañana Nito Pimpollar se acerca en autobús hasta la Casa de Campo y se sienta en la tierra a contemplar el vuelo largo y ancho, el vuelo menudo y rafagado de las aves borrando las nubes del cielo de Madrid. Aprende a conocerlas y a distinguirlas por sus voces y por sus plumas. Y a imitarlas. Ensayo, corriendo desalado por los caminos con los brazos bien extendidos. Alza despacio los hombros. Los baja luego. Tira de los codos hacia atrás. Tensa los músculos. Gira. Así, así. Arriba. Abajo. Escorado. Una vuelta. Abajo. Arriba otra vez. Girar. Tirar. Tensar. Subir. Perfecto. Soy un pájaro. Un milano. Un mirlo. Pájaro. Un cuervo. Soy un pájaro. Una alondra. Un zorzal. Un ruiseñor. Y una lechuza. Un vencejo. Un gavián. Un gorrión. Soy un pájaro. La golondrina, por ejemplo. También la tórtola. Y una paloma torcaz. Aaarriba. Aabajajo. Escorado. Girando. Vuelta. Vuelta. Vuueeeita. Tirando. Tensando. Hinchando pecho. Limando pico. Un impulso. Salto a la rama. A sobrevienta. Bien. Soy uno de ellos. Por fin. Un pájaro. Nito Pimpollar los mira y se reconoce.

Cuando Nito Pimpollar se tronchó sobre el reclinatorio blanco del altar mayor al recibir la Sagrada Forma por vez primera, unos apuntaron que los nervios y la emoción embargaban al niño, otros achacaron el desvanecimiento a la debilidad de veinticuatro horas en ayunas y al perfume intenso del azahar. Algunos, al apresto del cuello, bien ceñido por la corbata de raso marfil. O a la zozobra de una tan temprana confesión general. Lo llevaron en volandas, ángel de nardo con entorchados plata de minúsculo brigadier. A la sacristía. Le empaparon el flequillo de agua bendita. Lo abanicaron con la Hoja Parroquial del último domingo. Todo en vano. El chico no reaccionaba. Ninguno sospechaba todavía que Nito Pimpollar caía víctima de una meningitis irreversible que lo iba a privar en adelante de las luces. Y de las galas militares, que le estaban destinadas en aras de una tradición familiar nunca hasta entonces rota. Huérfano de guerra de héroe nacional, había vivido Nito sus ocho primeros años bajo los tufos protectores de enaguas y haldas que le prodigaron raciones de mimos y cachetes según el caso lo requiriera; y una exquisita educación de futuro teniente coronel. Mas el virus torció el azar y sostuvo a Nito Pimpollar en una pureza mantenida más allá de lo previsto y deseado.

Nito Pimpollar siguió creciendo en tamaño, pero inocente, junto a su madre y a sus dos hermanas, viudas las tres. De capitanes. La muerte se adelantó al ascenso siempre. Y junto a cuatro sobrinas, con las que compartió juegos un tiempo. Luego lo abandonaron en la soledad de los muñecos desteñidos y de los peluches tuertos y desventrados, para continuar ellas el ciclo de la vida en una espléndida adolescencia que Nito jamás disfrutaría.

Sobrevivió Nito Pimpollar unos años del estraperlo, trapicheando con la bisutería que sus mujeres guardaban en un cofre, entre documentos, títulos y acreditaciones de

difícil lectura, bajo dos vueltas de la llavecita que colgaba día y noche del pecho generoso de Adona, la hermana mayor. Nito aprovechaba el coma profundo de las siestas para enredar en los tesoros femeninos. Hasta que lo descubrieron. Una tarde de sueño ligero. Las baratijas resultaron joyas de abolengo, herencia recibida de la abuela materna, legataria de una hidalguía en la provincia de Burgos, de la que sólo quedaban ya la vanidad y la apostura. Y los cercos y alcayatas de dos Madrazo en la pared noble del salón.

No se recuperaron. Las joyas. Ni las damas del disgusto. Por no ser gravoso a la familia, que había tenido que ir cediendo a regulares ofertas poco a poco el patrimonio como soporte de dignidad y de intendencia en momentos de escasez, buscó Nito Pimpollar empleos eventuales, en los que duraba hasta que el encargado detectaba su minusvalía. Y ayudaba a sus hermanas a despachar en el estanco que regentaban en la calle de Claudio Coello. Pero no le gustaba este trabajo. Ni éste ni ninguno. No encontraba oficio ni acomodo. Porque lo que de verdad anhelaba Nito Pimpollar era ser pájaro. Sencillamente. Para volar. Para volar muy alto, por encima de las copas de los árboles. Rasando torres. Y aún más. Rascando el cielo con las uñas para mirar dentro.

Los pájaros. Ser uno de ellos. O como uno de ellos al menos.

Mete las maderas en una bolsa de deportes. Y la tela que ha comprado su sobrina Gemuca. Adamascada. Para renovar las cortinas de la salita. Hilvanadas, preparadas para la máquina están ya. La camisa milrayas. Una corbata lisa. La chaqueta gris de punto. El pantalón marengo. Tiene bri-

llos. Bueno, da igual. Y la gabardina. Imprescindible. En la estación compra un bocadillo de bonito con pimientos y una cerveza. Toma un tren de cercanías. Se apea en Los Molinos. Conoce un desnivel muy seguro. No hay peligro. Lo tiene bien estudiado. Arma el artilugio. Dos entramados de artesanía. Dos membranas de tela y tablas. Unas correas de cuero claveteadas. Para asegurar las muñecas. Inspira hondo y se le cuela en el ánimo el olor acedo y amarillo del poniente. La gabardina, abierta. Desplegada. Como un ala más.

En el borde del terraplén hay una mata. De lirios cárdenos. Deslumbra el sol último aluzando los perfiles difusos de la tarde, y Nito Pimpollar no la ve. Se le enreda en las alas. La arranca en su despegue. La arrastra consigo en su mismo vuelo. En su misma precipitación. Por el aire. Bancal abajo.

Tendido en el suelo, boca arriba, despanzurrado, con los ojos opacos, Nito Pimpollar mira la figura formidable que asombra su cuerpo inmóvil.

No vio la flor. El cardenillo.

No vio la flor del barranco.



I. SARGIA 2001

Amaneces...
apago mi sed de luz en tus marmóreos labios
y el día, limpio,
nos siembra naftalina en las pestañas,
nos injerta láminas de azogue en las pupilas,
porque los días saben que amarse es ser espejo.

Amaneces...
se puebla de paces el arroyo mercúrico
centellean,
saltan,
vibran,
arbitrarios narvales y delfines,
con su corazón de ova
inundan el paisaje de destellos de líquen y escama.

Amaneces...
(Dios enciende su cotidiana lumbre con nubes mojadas
[en el cielo])
crepita tu risa en mi fósforo de agua
prende mi risa en tu fósforo de tierra...
inventamos barro
se alfarea, miga a miga, nuestro hijo de limo...
y ronronea tu aliento con el mío.
Amaneces pueblo, hoy,
como una mujer fósil,
como una efervescencia.



Jesús Pino

I

Canódromo de máscaras. Injertos
en la voz viceversa del ladrido.
Oculta la razón tras el vestido,
el carnaval prepara sus conciertos.

La pesadilla adoba los inciertos
bucles del sí y del no, el travestido
sueño de cuanto finge ser fingido,
siendo reales miedos encubiertos.

Perros tras de las máscaras humanas.
Imágenes de espejos reflectores.
Todos iguales bajo la impostura.

Las risas son macabras soberanas.
Diosas para los labios burladores.
Ecos del arrabal de la locura.



J. Moravcsik
14

II

¡Abridle a la doncella el corazón!
¡No carcomáis la luz de su hermosura!
¡Aventad la insolencia de cordura
que centra la solana del salón!

Mascarones de la transformación,
narizotas de olfatos sin medida,
mayordomos tejiendo la futura
monarquía de la horripilación.

La joven enaguada y seducida
espera su disfraz, alegremente,
preso su pie del monstruo carcamal.

Se enterrará en la farsa de la vida
y anónimo su cuerpo será fuente
en la lujuria azul del carnaval.

Pilar Marcos

Lo malo de vivir en una isla

es que no hay puentes
que vayan a ningún lado,
ni cables ni poleas,
ni pértigas que salten,
ni nombre que ponerle
a la otra orilla,
no hay rayo que alcance el horizonte,
ni trueno que se precie,
no hay tendidos eléctricos,
sólo mi cuerpo está tendido,
refugio del guerrero,
amazona perdida,
sólo mi sueño está tendido,
oreándose al sol
descansando de todas las batallas.

No me hables de amor

frente a las olas,
donde no rima el verso
ni se oyen las canciones.

No me hables de amores
pequeñitos,
de amores cotejados, medidos,
desempolvados,

sacados de un cajón
desde el cuarto menguante
de mi estancia.

No me hables de muerte
frente al mar,
ya sé que trae y lleva
su ritmo por la playa,
que su ley no está escrita
ni se miden con metro
sus marcas.

No me hables de nada
frente al mar,
yo sólo quiero vivir en el sonido
de la vida que llega y se agiganta.

En mi torre vigía
me sorprende
un concierto de pájaros y grillos.

El invierno que brilla

Siempre hay un brillo, una luz,
un leño por arder,
un frío triste,
temblor vocacional de chimeneas.

Siempre hay un miedo
que convulsiona su canto
en los rincones,
un invierno sentido y riguroso
con su crujir de huesos
que imitan la madera.

La casa se nos vuelve

pequeña, circular,
y la cama
camilla para tender las horas
y secarlas al sol de los faldones.

Siempre hay un brillo
que brilla sin querer
a ras del suelo,
un hilo rojo para amarrar la tarde,
para enredar la noche,
para coser botones de luna
en todos los abrigos.

(De La isla interior)

Jesús Pino

Mera, pie, matute y...gua

Canuto Buendía, sepulturero titular adscrito a la nómina del municipio, cultiva, y con muy fértiles resultados, tomates y lechugas en los húmedos y estrechos pasillos intersepulcrales. Canuto Buendía planteó, con argumentadas razones, al concejal correspondiente (no es preciso dar nombres que puedan sufrir deterioro o mancha) un proyecto para el cultivo ecológico de champiñones en el interior de las tumbas. Al edil correspondiente (más vale no nombrarlo para que no caiga sobre su estirpe la piedra molar del deshonor y el vilipendio) el asunto le pareció bien planteado, certero en sus citas culturales, medido y equilibrado y de valoración económica precisa y atractiva. Al edil correspondiente (cuyo nombre se silencia intencionadamente para defenderle de blasfemias y desdoras innecesarios) le pareció un informe riguroso y viable, macabro, sí, pero comercialmente impecable. El concejal correspondiente (de cuyo nombre mejor no acordarse) excusó el trámite del pleno municipal, y en la barra del bar le dio a Canuto Buendía la enhorabuena y el beneplácito para la original e inteligente empresa. Al principio, el champiñón adolecía de un ligero sabor a mojama; después, a madera carcomida; y luego, ya no; luego el champiñón de Canuto Buendía fue el de mejor paladar de la comarca. La ciencia avanza arrastrada por los caballos de la intuición y el ries-

go y no hay porqué descartar nuevos progresos en la plantación. Hasta ahora los mejores productos se obtienen en las sepulturas de niños y doncellas vírgenes. Pero no hay que perder las esperanzas de convertir todo el cementerio en un paraíso de sabrosos champiñones.

Cándida Merte y Josefina Artero viven juntas porque quieren y porque les da la gana. También porque se dan mucho gusto y, posiblemente, porque les sale a ambas de los ovarios. Cándida Merte y Josefina Artero no hacen alarde de su estilo de vida, ni acuden a manifestaciones, ni reclaman derecho conyugal alguno; Cándida Merte y Josefina Artero tienen su nidito de amor confortable y auto-suficiente, coquetón y apasionado. Cándida y Josefina se conocieron en una charcutería y decidieron acoplar sus sentimientos en la gran ola de los destinos humanos. Al principio los hombres del bloque de viviendas donde habitan las miraban con recelo y con emociones extrañas y contrapuestas; luego se fueron acostumbrando y, como no alborotaban ni recibían visitas sospechosas y atendían con educación a los saludos, las tomaron cariño, argumentando que cada uno es muy libre de hacer con su corazón lo que su corazón le dicte. Cándida Merte y Josefina Artero, después de cenar, ven la televisión y cuando se cansan se acuestan. En las buenas familias, de hecho o de derecho, la fantasía no es el elemento vital más frecuente, la rueda de la existencia suele rodar monótona, rutinaria y sin sobresaltos. Incluso puede que ni se aprecie el rodamiento.

La trigésima primera compañía del batallón de artilleros «Roger de Lis», entró en el campo de instrucción con tal marcialidad y geometría que las legiones romanas, comparativamente hablando, resultaban cuadrillas de borra-

chos paseando por la vía Apia. Hasta su capitán, el laureado Benedictino Caldas de Betancourt, creyó estar soñando con aquellas figuritas de acero que le regalaron en su décimo cumpleaños y que fueron los fundamentos genésicos de su temprana vocación militar. ¡Un, dos! ¡Un, dos! ¡Un, dos! ¡Qué marcialidad! ¡Qué perfecta sincronía! ¡Qué ritmo! ¡Qué cadencia! ¡Un, dos! ¡Un, dos! ¡Un, dos! Como un rectángulo rígido la trigésima primera compañía del batallón de artilleros «Roger de Lis», recorrió de abajo arriba, de arriba a abajo, la longitud del campo de maniobras sin una vacilación, desviación o desajuste en su armonía. ¡Un, dos! ¡Un, dos! ¡Un, dos! ¡Aaaalto! Frente a su capitán, el laureado Benedictino Caldas de Betancourt, el suboficial, cuadrándose a metro y medio, saludó, comunicando con voz alta y varonil: ¡Sin novedad en la compañía! Y ahí concluyó el sueño napoleónico, el orgullo espartano en el corazón castrense, el embelazamiento aqueo de la bella y hermosa mañana cuartelaria. Una mantenida, rugosa y acornetada pedorreta surgió del interior de las impecables filas en formación. Un pedo arrogante, soberbio y sostenido, como una ortiga venenosa, emergente, miserable y hostil, del rectangular jardín de disciplina. Una ventosidad larga y metalizada, semejante a una herida de cobra en el alma geométrica e inmaculada del férreo pelotón.

La *Emiliana Hurleyi*, que es un alga marina cocolitófora, no se desprende de su armadura cálcica ni para dormir, eso sí duerme, para mí que no, porque los mares son turbulentos y culinquietos, y van moviendo las aguas sin descanso hacia un lado y hacia el otro, como si fueran borrachos, trastabillándose entre los continentes:

-¿Usted lo cree?

-Al pie y al espíritu de la letra

-¿Y qué va diciendo?

-Ah, de eso no sabría decirle. Yo soy de tierra adentro y desconozco el idioma de los hijos de Neptuno

El zapatero, Luis de Blas, es cojo y cargado de espaldas, lleva mandilón de hule y ha leído, que se sepa con precisión, por dos veces los Episodios Nacionales de D. Benito Pérez Galdós. El zapatero, Luis de Blas, cuando se cansa o se aburre de poner medias suelas y tacones, se va a la esquina de la plaza a ver pasar la vida sin aquíñonar dificultades ni aturullarla con sofismas y preguntas inoportunas o venenosas. El zapatero, Luis de Blas, observa el soleado redondel de la plaza con serenidad, cordialidad y un ligero distanciamiento histórico, fruto de sus reflexivas y pertinaces lecturas.

-¿Qué, descansando?

-Ya ve usted

-En todo trabajo se echa un pitillo

-No, fumar no fumo. Es por la circulación de las piernas...

-Claro, todo el santo día sentado...

-Claro.

El zapatero, Braulio Cordiño, es gallego, de poca alzada y cabezón, y vive en un cuchitril de dos plantas. El zapatero, Braulio Cordiño, cuando le da la gana sale de su madriguera para ver pasar a las mozas y tomar buenos apuntes que luego transcribirá en limpio en los cuadernos de su descarriada imaginación. El zapatero, Braulio Cordiño, se alimenta de huevos fritos y patatas fritas, también de tortillas españolas que le preparan en una fonda próxima.

-¿Qué, oteando la caza?

-Ya ve usted

-¿Y han pasado muchas palomas?

-Alguna, sí señor. Y dejarónme buenas ilustraciones.

-...y luego, ¡al cuadernillo!

-Pues, sí. Al pobre todo se le va en imaginaciones y fantasías.

-En eso tiene razón

-Claro

El caleador Emeterio Coque, alias Satí, es alto, desgarrado y de barbilla arqueada hacia la aguileña nariz. El caleador, Emeterio Coque, Satí, viste de blanco, pañuelo de cuatro nudos en la cabeza y zapatillas con suela de esparto. De él se murmura cierto afeminamiento que combate mostrando una cajita de hojalata repleta de pelillos rizados. El caleador Emeterio Coque, alias Satí, cuenta, a quien quiere oírle, que cada pelillo es botín arrancado del pubis de sus fornicaciones laborales y que el día que le de por decir los nombres de las parroquianas se van a enterar los murmuradores.

-¿Y si es mentira?

-Más vale no tentar al diablo

-¿Pero usted cree...?

-Yo ni creo ni dejo de creer; pero de las mujeres no me fío...

-¿Ni de la suya?

-Ni de la de usted

Ángel del Valle Nieto

«A mis amigos»

¿Bueno?, ¿malo?, ¿regular?
Yo no escribo buscando un adjetivo,
ni mucho menos calificativo...
Yo escribo para volcar mi corazón,
para verter desde dentro mi alma entera,
en la blanca hoja de un papel incierto.
Yo escribo para haceros llegar mi sentimiento;
un sentimiento de amor y de esperanza.
Y por deciros, a todos, con mis versos,
que os quiero desde el fondo de mi alma,
un fondo que se enloda en actitudes
que traicionan el decir de mi palabra.
Yo escribo por cantar la primavera
y el otoño, el verano y el invierno;
por cantar los calores y las nieves
y la semilla que engendra
el fruto que alimenta.
Y quiero llevaros mis palabras
a la posible sombra de los ojos
que, a veces, empañan las miradas.
Y quiero consolaros en las penas
y compartir con vosotros la alegría.
Para después recogerla en unos versos

que poder ofrecerlos día a día.
No me llevo hasta el trino de los mirlos
ni a la nieve de las blancas faldas
ni alcanzo el fulgor de la amapola
ni el dorado crecer de las espigas.

¿Soy malo?, ¿regular?, ¿bueno?
Soy un poeta que quiere a sus amigos
y, que libre de su desventurado genio,
se lo quiere sellar con estos versos.
Y que veáis en ellos, que no en mí,
un poco del amor con el que os quiero.
Y que así me aceptéis. Os necesito.

De mis nietos

1

¡Oh, Marta, Marta!
¡Quisiera explicarme a mí mismo
lo que suponen tu sonrisa y tu mirada!
Mas, si encuentro el sentimiento,
no hallo palabras exactas.
¿Es paz, es sosiego, es calma?
¿Es «sogopazcal»?
Por otro lado,
¿es canción, gozo, alegría? ¿o es «griaciación»?
Por encima de todo, Marta mía,
tus ojos, tus bracitos y tu cara,
me levantan un cariño y un amor
nunca dormidos.
¿Y si fuera «carimor»?
Ves, Marta, tu torpe abuelo,

ni siquiera inventando las palabras
que resultan de mezclar las más hermosas,
es capaz de explicarse, para él mismo,
el volcán de sentimientos que provocas.
¿Dónde encontrar los adjetivos
y los nombres comunes que, dicen, tanto abundan?
¿Y si pusiera en mis ojos el alma?
¿Y si en un beso mi corazón brotara?
¿Comprendería, por fin, ese mensaje
contenido en beso-corazón-alma-mirada?
¿Y si, Marta, a callarme llegara
y sólo en tu sonrisa me expresara?
¡Oh, Marta, Marta:
más allá del árbol de palabras
con mi mudo amor de abuelo te cantara!

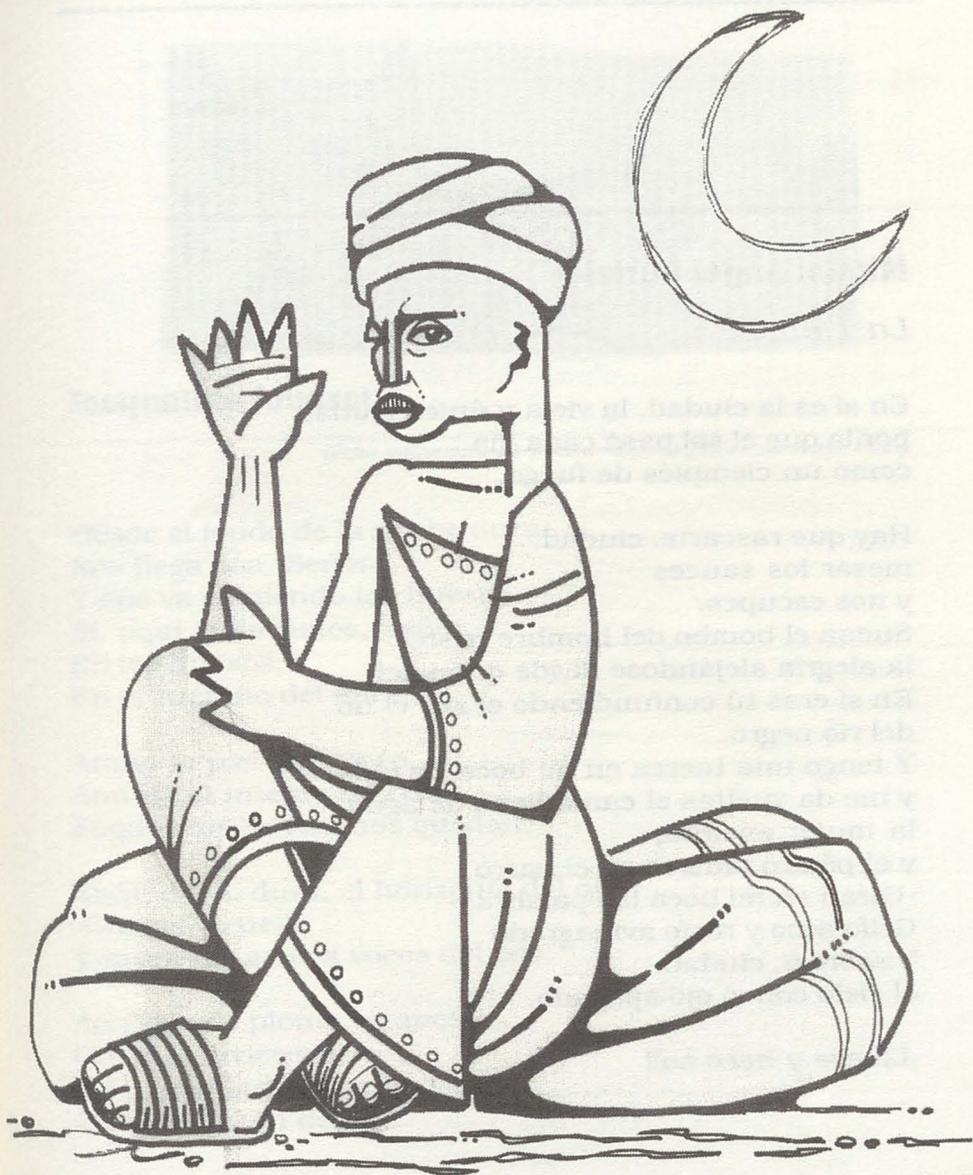
II

Mi nieta ha empezado a andar:
cuatro pasos vacilantes
desde la silla a la mesa,
caída y ... ¡vuelta a empezar!

Y la rosa a florecer,
que es andar en vertical...

Milagro de primavera:
los pasitos de mi nieta
y la gala del rosal.

(Me anuncian un nuevo nieto.
Nuevas, las rosas vendrán
y vidas y primaveras,
paso a paso y rosa a rosa,
bellas se sucederán).



GARCIA 2001

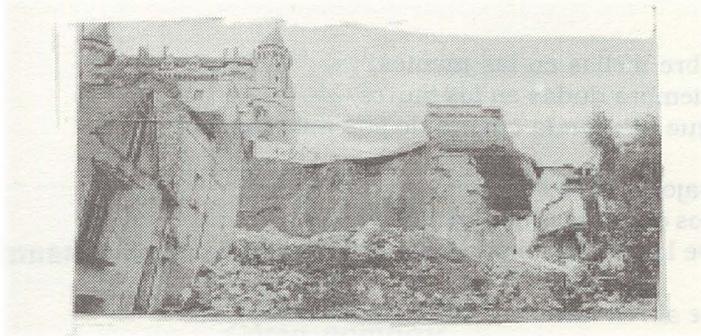
Miguel Ángel Curiel

La ciudad

En sí es la ciudad, la vieja y única ciudad
por la que el sol pasa cada día
como un ciempiés de fuego.

Hay que rascarte, ciudad,
mesar los sauces
y nos escupes.
Suena el bombo del hombre triste,
la alegría alejándose desde que nació.
En sí eras tú confundiendo el sí y el no
del río negro.
Y tengo una tuerca en mi boca cerrada,
y me da vueltas el canal lleno de agua,
la mujer encinta,
y el pájaro muerto en el barro.
-Giran en mi boca las palabras-
Grifo seco y rocío avinagrado
Y sobre ti, ciudad,
el cielo con el ojo apagado.

¡Llueve y hace sol!



Jacqueline Jousset

(écho volontaire au poema «Lluvia flaca» de Jesús Pino)

Desde el fondo de la noche dura
 Nos llega ésa, Señor,
 Y nos va comiendo los huesos.
 Sí, aquí la llevamos, Señor,
 En los huesos,
 En el tuétano del alma.

Araña la piel del deseo,
 Anubla el intento de risa.
 Esqueletos de risa nos quedan.

Saca, dura, dura, el horizonte del ojo
 -Garras tiene-
 Y rasga las azules voces del eco.

Acribilla de plomo veranos,
 Otoños, inviernos;
 Y se suicidan las rosas
 Cuando saben de ella.

Abre mellas en las mentes,
Siembra dudas en los muros
Que pierden la cuenta de sus mil almenas.

Bajo su peso se rinden
Los dos brazos de granito
De las anchas ciudades.

Se abren los acantilados
Y se ahondan los puertos.
Los embravecidos buques
Jadean, echando baba.

Mala, confunde umbrales,
Arroyos, alfeizares,
Caminos.

Ríos quieren ser arroyos
Y mares los ríos locos.
Ninguno de ellos, Señor,
Entre tantos sus hechizos,
Reconoce su ribera.
Así mezclando sus aguas,
Así se casan, rugiendo.
Y entre sus bárbaras bodas
Estallan los puentes altos,
Estallan las casas, Señor,
Estallan las vidas.
Estallan.

¿Impertinente la lluvia?

Asesina, Señor.

Fernando Joya Zamorano*Cómo nombrar...*

Con qué palabra nombrar
lo que por ti siento:
¿Incendio?

Sí, pues, como incendio,
todo mi ser arrasas,
y devastas.

Pero el fuego no conduce
a este desvarío
¿Locura?

Sí, pérdida de juicio,
enrevés de la razón, rapto,
enajenación.

Pero más que locura
es infinito anhelo de tu cuerpo
¿Deseo?

Sí, anhelo de introducirme
en el tuétano de tus huesos,
desapareciendo.

Pero el deseo muere
una vez satisfecho
¿Éxtasis?

Sí, quietud inmensa,
pasión feroz, nota infinita
resonando dentro.

Pero el éxtasis no conlleva
la extrañeza que ansío
¿Renovación?

Sí, ser extraños tras el beso,
renovar diariamente el misterio
del encuentro.

Pero...

¿Y la felicidad de tus besos?
¿Y la fiebre al tacto epidérmico?
¿Y la quietud marítima de tus ojos?
¿Y la nueva existencia tras cada encuentro?
¿Y el dulzor de tu sonrisa?
¿Y el nuevo color que toma el cielo?
¿Y la tristeza infinita de tu ausencia?
¿Y la ansiedad de introducirme en tus adentros?

...

¿Y la destrucción final, vencidos los ejércitos,
consumido el soma, desvencijados los cuerpos,
aniquilados,
perviviendo sólo la mirada,
el mundo roto...
la Nada... el Vacío...

el Universo todo de ti lleno
recreado sólo para nosotros?

¿Cómo nombrar todo eso?
¿Cómo llamar con un sólo nombre todo lo que por ti siento?

¿He de recurrir a métodos cabalísticos?
¿Reunir, combinar, permutar, leer del derecho y del revés
todas las palabras,
todas las líneas,
todos los diccionarios,
para encerrar en una palabra inmensa
todo lo que por ti siento?

¿Será el ABRAXÁS?,
El sello mágico que me permita
la entrada en el cielo
¿Será el completo nombre de Dios?
¿Será la palabra AMOR?
SÍ,
AMOR ETERNO

Antes del universo

Antes de agolparse tus besos
en mis labios resecos
éramos meras sombras
en busca de amor.

Antes de ser rayo el rayo,
carecía de luz,
cruzaba los espacios abisales junto a la tormenta
en busca de su lumbre primigenia.

Antes que el fuego surgiera
de fugaz encuentro de rayo y floresta.
Antes que fuera entidad eléctrica.
Antes de tomar tonalidades de ocre.
Antes que calor, antes de ser luz,
antes de adquirir plena naturaleza
la potencialidad de nuestros cuerpos fundidos,
ya estaba escrita.

Antes que el amor fuera arquetipo,
antes de nuestro encuentro,
tu espíritu y mi espíritu ya existieron
buscando un nombre, una forma, un eco.

En aquel caos primitivo de soledades cósmicas
buscaba el fuego sus esencias,
buscaba el rayo aplacar sus ansias de fuego,
buscaba el amor definición y arquetipo.

Entonces creó Dios el mundo

En un extremo del Paraíso
congregó tus soledades y mis infiernos;
dio entidad al trueno, dijo: sea la luz,
y al rayo se unió el fuego.

Hizo sonar las trompetas con furia atronadora,
conjuntó tu espíritu con mi espíritu,
tu cuerpo con mi cuerpo,
y nos infundió el amor.

Así acabó su obra.

Primavera e infierno

Llegaste y obtuve, bruscamente
la primavera,
un pedazo de cielo.
Te marchas y me deslizo, bruscamente
por el ocaso,
hacia el infierno.

Eres como el diamante

Te dije que eras como el diamante,
tan duro y tan frágil.
Rayas mi corazón con tu silencio,
con tu distancia,
y te rompes a una caricia, a mi mirada
a una palabra de amor.

Ausencia

En el destierro de cada hora de su ausencia, pienso:
¿qué hará ella?
¿qué bálsamo aliviará sus heridas?
¿sonríe o llora?
¿mirará la misma nube que yo veo?
¿estará su corazón anegado de tristeza como el mío?

Las horas

Se arrastran las horas hacia tu encuentro
con calma infinita de paisaje dormido.
En cambio, hallada,
corren veloces a despeñarse
contra tu pereza de niña.

Metamorfosis

Se recoge entre mis brazos como la crisálida entre la seda,
abre con palabras un leve hueco en su ovillo
y le nacen alas de antiguas soledades,
entonces echa a volar en silencio,
lejana y arrepentida.

Añoranza

En la lluvia, junto al fuego
en ubicua aparición
te hallo fuera y te hallo dentro.

Afuera, tras los cristales
te escancias toda
en melancólicos hilos de otoño.

Adentro, junto a los leños
y el crepitar del fuego
añoro tu imagen y la venero.

Afuera, dibuja tu ausencia
un acuoso universo
de lejanía y tristeza.

Adentro, en mi ancho pecho
quiero creer que me quieres
y que te quiero.

La droga de tu cuerpo

Me falta el respirar cuando me faltas
pues órgano mío vital eres,
y sin la droga de tus besos muero

No hay estancia en mi mente que no ocupes,
la pócima de tu cuerpo vertió su veneno
y no tiene mi corazón antídoto ni consuelo.

Te has adentrado en mí tan adentro,
tan en profundo laberinto hiciste nido
que los pesares no encuentran salida.

Porque en presencia o ausente,
cercana o en la lejanía
el ansia de placer te ansía
y el dolor del después te teme.

Ángel Pano

Las ecuaciones del milano

Digamos de un esparvel -de un esparvel cualquiera- que se ha posado en los roquedos de Piracés; que el sol fríe los yermos y se imagina el pájaro en las térmicas estuendas, y que alza el vuelo en consecuencia. Se deja llevar el milano en ese muelle cálido y bochornoso, y así aupado, apenas sin esfuerzo, deja muy lejos el suelo. En todo ve ubicuas trazas de vida; abajo hierve la Hoya de sapos y culebras, de topinos y ratas de agua, de sabrosas y mínimas piezas. Pero es acaso un esparvel satisfecho, o quizá es un pájaro o místico o cansado; disfruta del paisaje abajo, en ese caos aparente de regadíos y de arcillas. La verdura de los hombres es un tapiz irregular de fajas triangulares, sinuosas, quebradas; tienen a veces forma de media luna, de almendra, o son sencillamente amorfas. Donde la labor cede a la huebra, donde los tozales, el aire cálido tira del esparvel hacia las pocas nubes. Y el pájaro hace bucles en su pacífica galbana.

Y de pronto pliega las alas y cae en picado; le basta al milano mover apenas una pluma caudal para guiñar ligeramente al este y frenéticamente abajo, y recorrer en segundos las leguas que le separan de una visión seráfica. En su exacta vertical, a sus doce en punto, se abre el pájaro en toda su envergadura y queda clavado en el vacío; el

cierzo silba en sus perfiles y lo mece despacito. Pájaro y todo, el esparvel no deja de sentir asombro. Se ha detenido sobre un maizal sublime, precioso, pluscuamperfecto. Las ringleras trazan círculos concéntricos; en los puntos cardinales se abre el maizal en raras volutas, en arabescos afilados e índices. Hay en todo una nitidez pasmosa: es un maizal trazado con caligrafía, obediente a ritmos y proporciones, no labrado sino dibujado con tiralíneas. Y entiende el esparvel, del todo quieto a mil pies, que el maizal es una rosa de los vientos. Apenas pliega un ala y gira-, más allá, donde los arroces, la labor traza una compleja trama damasquina, de arcos que se cruzan con absoluta precisión, que se revuelven sobre sí y entre todos sin perder una fantástica inspiración matemática. Los motivos se cierran hacia poniente en un ajedrezado jaqués.

En la orilla hay un hombre inclinado, y el pájaro, de veras conmovido, ejecuta una nueva y urgente caída. El hombre se esmera en un brote de arroz, en uno sólo, que parece obstinado en demorarse de oriente, en romper la inmaculada perfección del todo.

El hombre levanta la vista y cruzan sus miradas-, y antes de que el milano remonte el vuelo en un amplio tirabuzón, el labrador se saca la boina y saluda gravemente, respetuoso, circunspecto.

Ángel Pano sentía una sincera devoción por el *milvus migrans*. Sus acrobacias -del *milvus*- eran de una impecable geometría, al borde siempre de lo estrictamente físico, de lo esencial, de la absurda y ramplona filosofía de, pongamos, un gorrión. El vuelo de un milano, se decía, son ecuaciones en el aire. De dejar el milano una estela sería un hermoso garabato de cuerdas en consenso; ese dulce planeo curvo, una hermosa imagen de abcisas y de cosenos; ese quiebro inesperado habría de ser el florilegio de Eucli-

des. A veces, acaso de la pura intuición, el esparvel detenía su paseo sobre Angel Pano y él siempre saludaba. Grave, respetuoso y circunspecto; no como un aprendiz frente a su maestro, sino como el maestro en presencia de un genio. Ese pájaro -ese cualquiera, que se espanta con la ceremonia de la boina- tenía la sencilla pureza del canon. Y esa maniobra, esa concreta quietud en el cierzo, encerraba la maravilla de la dinámica, la impecable y mutua tensión de los fluidos, el portentoso algoritmo de la vida misma.

Luego de cubrirse, que caía el sol a huevo, el Pano volvió su atención al terco brote de arroz; seguía obstinado el brote en brotar de lado, con una presunción y una tozudez que no cabía esperar de un vástago. El hombre, que había observado durante días el tallo, que conocía su conspiración, estaba preparado. Hundió un tutor de a palmo en el barro; comprobó su verticalidad con una plomada de precisión (construida con el plomo de un sedal y una finísima hebra de esparto), y puso en su sitio al brote. En las tierras del Pano había cientos de vegetales con férula, pues la obligación del Hombre no es otra que corregir amorosamente las frivolidades de lo que crece. La tierra, a veces, se distrae en los preciosos garabatos que todo lo conforman.

Se sentó Angel Pano en la linde, donde incluso los verbajos crecían en pulcra simetría; cada dos varas, entre sendos tomillos, el Pano había permitido sin embargo un descanso al Orden, lo mismo que una espita donde consolar al suelo de sus tentaciones. Y escuchaba el sordo rumor del silencio: el agua en los regatos, los leves zumbidos de la brisa, el vuelo impertinente y agudo de los mosquitos, la lejana vibración de los tractores... Adoraba el Pano ese silencio amueblado de matices; a menudo, sumido en él, se acordaba de la Carolina. De su piel blanca y prieta sobre las lorzas, de su cara colorada, tirante y vivaz; de

su balanceo en las eras y en el lecho, de esa risa de jipidos que alegraba la casa y las cosechas. De la súbita decepción; de su agonía de meses. Recordaba el Pano cómo se consumía la Carolina mientras el cáncer se habría huecos en el vientre, mientras su esposa se moría por pedazos.

Un año entre dos Pascuas tardó la Carolina. Y él estuvo siempre a su lado, recostado en un sillón de mimbres, compartiendo esa lenta putrefacción que dejaba en el cuarto un aroma de gatos aplastados. Los hijos, los cuatro, atendían el campo; el Pano atendía la mano de su mujer, una mano regordeta y aceitosa que pronto se puso magra. En silencio el Pano maldecía. Una tarde se presentó el mosén -aunque no era cumplidor el Pano- y ensayó un torpe consuelo de frases hechas. El Pano le dio dos hostias; pero luego, con la calma de la noche, se preguntó si no habría de veras una explicación, si no era parte la Carolina de un todo ordenado, si los gusanos que bullían bajo las tetas no eran sino cumplidores de un ciclo inexorable. Los hijos, los cuatro, dijeron después en las tertulias que, esa noche, le dio al Pano un aire. A la mañana siguiente se presentó en el camposanto con un ovillo de bramante. Quería la casualidad -o el Orden- que la planta del cementerio fuera escrupulosamente cuadrangular; tiró las cuerdas, trazó las diagonales, y marcó el solar en su centro perfecto. Y con su referencia trazó un rectángulo; en eso llegó el alguacil, que tenía aviso del Pano, y ahí mismo cerró el contrato y compró la tumba de la Carolina. Seis semanas tardó en cavarla y tres en dejarla a su gusto; negó el auxilio de peón alguno. Las aristas se sometían, una y otra vez, al examen de la escuadra; el Pano no quería propiamente una fosa, sino un mausoleo prismático, un exquisito volumen de proporciones áureas. Donde el pico se hacía tosco se aplicaba con la piqueta; y después con el cincel; y después con la

espátula; y después con la uña; y después con el cepillo; y después, y con la connivencia del boticario, limó con bisturí las últimas imperfecciones, las mínimas, las ínfimas. De haber tenido el Pano o el tiempo o la herramienta, se hubiera entretenido en microtomos. Pero en tanto se había muerto la Carolina por fin. No se sintió traidor a la mujer por sus ausencias: la Carolina llevaba un tiempo largo en un coma piadoso, acaso para no sentir el propio tufo y los dolores como cuchilladas. Su entierro fue un ejemplo de goniometría y el principio de una Causa.

En los largos duermevelas, mientras la Carolina reventaba por dentro y se hacía chica por fuera, Angel Pano había desarrollado una religión propia; lo mismo era además desmesurada. La vida y sus productos encajaban sin duda en complejas ecuaciones, en una razón universal de ángulos, en múltiples deliciosamente encadenados, en la discreta exaltación del orden. No se expresaba así el Pano por taciturno y porque su memoria escolar era escasa y quedaba muy lejos: era una sencilla presunción de números complejos. Y luego del entierro, ante la atónita expectación de todos, ante la prudente simpatía de los hijos con el padre loco, se aplicó a la reconstrucción del mundo. Había sido un cazador de prestigio; y verbigracia sustituyó la carabina por un arco de poleas, encantado de sus parábolas, amante de pronto de esa balística que traza cosenos en el aire. Reformó la casa imponiendo una implacable simetría en los cuartos, midiendo a nivel la exacta rectitud de los espejos; cada objeto sobre las mesas fue delicadamente examinado, de modo que la planta de los unos sobre las otras obedeciera a cabales coordenadas.

Pero se debía a la tierra, y en ella -y a menudo contra ella- se aplicó en una minuciosa cruzada. Sus aguatillos fueron pronto obras de orfebre, conos perfectamente truncados y pulidos por donde el riego se deslizaba sin ruidos

aparentes. Afilaba, con precisión de joyero, las palas de la teja; medía la labor con un tesón microscopista. No quería tajos al campo, sino arañazos sabios. Cada simiente era plantada en su lugar preciso, en un todo armónico de granos. Tuvo la manía de ensayar sus dibujos vegetales; primero eran tímidos bocetos, figuras planas y singulares; luego se inició en los raros caracoles y en la exuberancia de los círculos inscritos, en la frenética cadencia de los hipocicloides. Puso su amor en la faja de los rábanos: describían la hermosísima espiral de Arquímedes, que se reuerce sobre sí misma sin estridencias para concluir formando un corazón. Ángel Pano, ajeno a toda sabiduría, reinventó sin embargo a Gauss y a Bernoulli con la simple intuición de lo curvo.

La amable paciencia de los hijos no duró; la primera cosecha fue ruinosa. Las tierras, a manos del Pano, eran bellas en serio pero inequívocamente pobres. Aún se dejaban guiar por los juegos del padre, que desde los tozales, armado con teodolitos que no sabía usar, con grafómetros que no entendía, les daba instrucciones mediante bocina. Se apañaba mejor con el brazo extendido y un decímetro y una tosca herramienta de cordones; dibujaba en el barro y daba gritos, y los hijos, los cuatro, torcían la labor y el ceño un cuarto de grado. Luego, en la impunidad del vermú, conspiraban en silencio, cobardes todavía, temerosos del padre loco. Las conjuras que sólo se suspiran encierran más peligro y son más evidentes. Los vecinos pronto espionaron al Pano desde las lindes, ocultos en las acequias; y no podían decidir si era de veras un santón o un majadero. La duda quedó zanjada cuando, un septiembre, el Pano comenzó a lanzar flechas al aire: no a un azar del aire, sino al cielo mismo. Tenían las flechas una larga cola de papel seda que, en un hermoso y fugaz trampantojo, pintaba en el cielo un arco apuntado; como quiera que el Pano repetía

la operación cada pocos pasos -y luego de una observación profunda- un espía avisado habría notado un método: todo lanzamiento coincidía en el mismo cénit. El Pano estaba flechando una cúpula sobre los campos de ordio.

Entre los alcahuetes ya corría la voz: el Pano iba desquiciado tras la muerte de la Carolinà. Siempre hay peritos en el prejuicio, y así el mosén pedía en los carasoles una oración por el pobrecito; el médico buscaba precedentes en los libracos; el alcalde miraba el catastro con ambiciones, por si cabía una expropiación antes o después; el maestro, para evitar la pasa, omitía las lecciones de aritmética. Cada cual tenía su veredicto y proponía su sanción. Los hijos, los cuatro, no levantaban los ojos del vermú por no cruzarse las miradas.

El Pano se secó la frente y, luego de comprobar si aguantaba el tutor, anduvo un rato por las lindes. Aquí y allá, cada poco, detenía su paseo para enmendar las pequeñas atrocidades del caos: o un ababol empecinado, o una margarita de pétalos desparejos, o la impertinente madriguera de una liebre. Donde la acequia se descansó de nuevo; dejó las abarcas a un lado (cuidando que mediara entre ambas una correspondencia rigurosamente especular) y hundió los pies en el agua turbia y refrescante. Cada cosa a su hora: no había prisa para alcanzar la tubería. Esa mañana era un obsequio de tiempo moroso, de tiempo que gastar, por ejemplo, en paseos y pediluvios. Lo único urgente y fugitivo era el agua en la canalera, el agua que arrastraba otros lodos, que no regaría más el concierto de su jardín.

Y así y todo, a pesar de su resignación, el Pano suspiró en un levisimo rasgo de dolor. Durante meses había asumido el acecho de los vecinos, y en todo tiempo se supo el eje de muchos sumarios. A su paso tenían los susurros un

aroma fecal y ponzoñoso, como si el pueblo se hubiera conjurado en una halitosis de purines y serpientes. Los saludos del mosén tenían un poso de misericordia (algo matizado por la memoria del par de hostias); el médico le miraba con cierto aprecio de taxidermista, y el alcalde le daba palmadas en el hombro. En el maestro sólo percibía el Pano un odio sincero, y tomó algún cariño a ese desprecio sin máscaras. Y eran gestos de ignorancia, y el hombre con eso se consolaba. Pero no iba preparado para el desplante de los hijos, los cuatro, que un día le salieron al encuentro; ebrios de cazalla por fin se habían mirado a los ojos. En el camino le dieron un ultimátum. El Pano, mientras movía los pies en la acequia, toda marrón y fresca, se acordaba del incoherente tufo de anís en los campos, de esas miradas coloradas por la ira y el alcohol, de esas voces gangosas que habían perdido todo vestigio filial. Recordaba esa amenaza de sílabas erráticas como si arrastra espinas el agua. Pero el Pano calló entonces; dio la espalda a tanta traición y siguió andando. No se detuvo siquiera cuando la piedra le alcanzó en el lomo.

El Pano silbaba y buscaba esparveles entre las nubes.

Aunque no había resuelto los problemas menores, la cúpula hubiera sido hermosa. El Pano había tenido su vislumbre mientras los hijos se torturaban con el presagio del granizo. Había trazado en sus campos figuras complejas pero planas; acaso bastara tirar de un hilo para poner en pie las triviales igualdades. Imaginó primero un arco en el espacio, y otro más, y otro, coincidentes en su punto más alto. Tal vez, se dijo, fuera suficiente una tupida campana de alambres, un tamiz que dejara paso a la lluvia y retuviera o disparara las pepitas de hielo. Y un día dibujó en el aire un primer apunte con su prurito de arquero puesto a geómetra; y la sola contemplación de aquellos sutiles

senos, esa curvatura perezosa de subir y ansiosa de caer, le llevó a un éxtasis sacramental de secantes y cotangentes. Poco después un agente judicial le dio la citación en mano; le atribuían los hijos, los cuatro, una total discapacidad para administrar su hacienda. Y mientras Ángel Pano firmaba *Ángel Pano* con su menudita y esmerada letra de labriego tuvo la voluntad de morirse.

Sacó los pies del agua; se secaron pronto al sol y parecían revestidos de un calcetín arcilloso y cuarteado. No se calzó después. Quería el tacto de la tierra; cada guijarro era un divertido revolcón de prismas, un caprichoso tropezco de poliedros que encerraba el misterio mismo del orden. Los golpes del carcaj en las nalgas marcaban el paso.

Siguiendo la acequia, del otro lado del sifón, había construido la tubería. Era una pasmosa simpleza arrebujada en una cornucopia de tensores y bombillas, y raros y primitivos compases, y herramientas de todo tamaño y de una utilidad insospechada. Había trabajado día y noche; aquí y allá colgaban de la tubería sus apuntes con regla de tres, o modelos a escala que no presagiaban una función concreta. El cierzo mecía los cachibaches, que tintineaban entre sí como si fuera la tubería un espantajo de carrillón chino. A vista de pájaro -de un esparvel cualquiera- la huebra y la quincalla acentuaban la sobrehumana perfección de trazado: era la tubería una circunferencia de referencias celestes: acaso la exquisita huella de un perihelio. De una órbita truncada, porque carecía de un segmento; pero incluso su ausencia era deliciosamente proporcionada. Estaba levantada sobre firmes trípodes a la altura exacta de los ojos de Ángel Pano, y entre ambas bocas -o la boca y lo que fuere- mediaba minuciosa su propia talla. Desde cualquier punto de vista incluido el *milvus*, la tubería era su obra maestra. El diámetro de la figura era, a la micra, diez veces su envergadura; su calibre, su diezmo exacto y

pulquérrimo. No había al tacto ni astillas ni rebabas; su perímetro era un suspiro de las ciencias.

El Pano se sonreía. De toda manufactura posible, sólo el círculo era al tiempo una escala vital y divina; sólo una circunferencia, con su ingenuo aspecto de poca cosa, encerraba y despejaba todas las incógnitas. Se sonreía el Pano porque la tubería era su testamento y el escarnio de los hijos: a los cuatro había sisado las piezas. Se reía el Pano de los hombres prejuices, de su misma y trivial camada de tontolabas. Sus cosechas serían el año próximo un caótico revoltijo de cereales; serían ricas seguramente, pero de una riqueza sin alma y sin concierto. Y sin embargo su hazaña de la tubería, en ese primitivo erial sin yerbajos, quedaría siempre en la memoria de las generaciones.

Ahí estaba de nuevo: el milano se recortaba contra el sol y el Pano frunció los ojos para distinguir su silueta absolutamente inmóvil. Supuso que era la hora. Al pie del círculo estaba el arco; tomó la flecha del carcaj. Era una pieza singular, sin plumas, para evitar el inútil rozamiento de las paredes: la tubería en sí era una trayectoria perfecta. No tenía el Pano gran cosa que añadir y tensó la cuerda; en algún punto apenas crujieron las poleas. Embocó la punta en la tubería. Había preferido una punta de caza de tres hojas como escalpelos. Y dejó por fin que la sirga resbalara sobre las yemas.

La ceremonia estaba bien ensayada y no llevó un segundo. El Pano giró sobre sus pies, dio dos trancos, y esperó. ¡Cuánta mentira tenían los relojes! Tuvo tiempo para recorrer el lejano cuerpo de la Carolina, las marciales filas del arroz, la cebada en espirales, la estirada concreción de cada brote en su tutor... Pudo percibir el silbo de la flecha en el tubo, las fuerzas de su mecánica, las turbulencias de su geometría, el álgebra que desprendía mien-

tras se hacía aguda y próxima; pudo enfocar esa boca oscura que, a un palmo escaso de su frente, rezumaba sinuosidades y cosecantes; sintió la presión del aire, el soplo cálido de la tubería, ese rumor que dejaba la flecha agudo por delante y grave por detrás- vio la punta tridente que de pronto emergía de la nada, la respuesta a toda ecuación, el final de cada incógnita. Sintió su brevísimo tacto entre los ojos y era de un frío delicado y centesimal.

El milano lo mismo venía de Piracés, donde los roquedos tostados al sol emiten térmicas placenteras. Durante un buen rato se mantuvo en suspenso, apenas vibrando en el cierzo; luego se dejó caer. El hombre, largo en el suelo, no se inmutaba. Tenía el milano la duda de si aquellos ojos abiertos miraban o el cielo o el palo encajado entre las cejas; algo miraban sin duda. Esperó la habitual cortesía de la boina, pero finalmente, no sin una perceptible decepción, se elevó de nuevo. Y a punto estaba de albear y perderse sobre las eras cuando cayó en la cuenta. Tenía el sol a sus espaldas; vio su propia sombra proyectada en el suelo: un enorme esparvel negro pulcramente inscrito en el círculo. Y ahí donde parecía roto, donde se había quebrado la exquisita redondez, el hombre estaba tumbado para darle su ceremoniosa completud. No era el hombre laso su artífice: era parte de lo immaculado.

Aunque se sabía querido el esparvel, no dejó de emocionarse ante el tozudo homenaje del tipo inmóvil.

Y entendió bruscamente qué seguía mirando desde su remota pequeñez, y se alejó discreto, como si hubiera burlado sin querer la intimidad de un sacramento.

V.J.G.

I

Decido destrozar mis entrañas
porque amo sombras.
De nuevo el escalofrío de lo eterno.
Silencio, hoy estoy solo.
Veo la música
que encierran mis párpados
sangrar por debajo.
Se detiene. Reza.
Llama entre el abismo
y un sueño.
El poeta escribe para amar o sufrir
que es la misma caída.

II

Esta cadena de luces de miel es el anuncio de mí.
Ya llego.
Que alguien me espere.
Me van a ahogar a latidos de alas
si mis dedos vuelven a besar el vacío.

III

Con un cuerpo vacío y sin equilibrio
bajo
corro con mis ojos sin moverme hasta la caja del aire
siento cómo se mueven los brazos de otro
cómo los dedos tocan la nada
cómo rasgan el inexistente sobre.
Y no leo, no pienso.
De nuevo no hay carta para mí.
No llega el saludo del amigo o del desconocido
por eso me quedé en casa
y recorrí el camino de la desilusión
solo con el alma.

IV

Entrad. Se me ha escapado un pájaro de frío
por la boca. Entrad
mirad mi cuarto con vidas de otros por las paredes.
Mirad qué calor se siente en este lado.
Mirad qué luz de noche,
o de antes de la noche, tiene el suelo de mi cama.
Esta que está dormida ahí es mi esperanza
cuidado con la sombra que la guarda.
Y el espejo?
No veis los sueños?
Qué gracia la de mi locura
yo los veo.
Mirad, mirad
cómo crecen,
mirad sus raíces.

No los veis?
Les faltan días para nacer,
pero ya casi van a morir.
Y no los veis?
Ahora que habéis tenido la suerte
de verlos en su segundo en flor
no me comprendéis?
Salid. Salid,
me olvidé.
No tenéis alma.
Y la vida os es extraña.
En silencio, salid.

V

Aún espero...
una cabeza de sueños entre mis manos.

VI

Los que tenemos
un fondo oscuro y azul
bebemos noche pura.

Traigo entre los brazos el aire del que ayuna en primavera
del que vive tres estaciones de invierno
me pesa demasiado
me levantaré de un lecho de tempranas espinas,
me levantaré,
quizás ayer,

porque quiero comer madresevas,
y cerezas en flor,
libar azafranes silvestres,
y comer amapolas
y recuerdos de pino fresco.
Quiero deshacerme
de la sombra que está espiondo mi espalda,
ya he dormido abrazada a ella cuatro mares
y se ha bebido parte de mi calor
su fría soledad.
Los ojos se me llenan ahora de hambre
de flores con agua y color de tierra,
orquídeas, verbenas,
viejo orégano, tréboles y jara y cielo
prímulas y salvia, violetas
y aquellos míos
infantiles abedules.

Todas las tardes, el cielo será azul y plácido
J. R. J.

Aquella convivencia
de la luz que muere
y el curso de este río.

Aquellos hilos
infinitos
que andan veredas en hierba,
amarillas...

Aquellas cuerdas frágiles
donde el límite dorado
juega a ser funambulista.

Aquel naufragio de la hora,
de la vida.

Yo formo parte
de esta triste monotonía.

(Tarde de marzo, Campo de Hontanar)

Ana Isabel Rodríguez Ortega

Nocturno

(A Esther Rodríguez Folla, mi galleguina,
por lo especial que será siempre, por nuestra
profunda amistad y mi cariño inmenso...
Porque, te quiero, hermanita)

Cierra tus ojos serenos,
en mitad de la noche, muy despacio,
como si el cavilar glauco de la luna
meciera suavemente tus párpados oscuros.

Cierra tus ojos plácidos,
detén en ellos el tiempo,
y escucha a los astros infinitos
entonar su inmortal sueño.

Verás con tus ojos cerrados cómo se desliza el cielo
dentro de tu alma de niña, verás

infinidad de chispeantes y relucientes lágrimas
desprenderse, temblorosas, allá arriba,
donde duermen las quimeras...

Pero cierra tus ojos de dulzura, muy despacio,

sin temor, sin decir nada,
solamente respirando este perfume
de ráfaga silenciosa, de ráfaga
eterna...

Y sentirás por siempre aquí,
toda inmensa,
en tus ojos sellados y libres,
-en tus ojos eternos-
la sinfonía nocturna
del ingente
universo.

Madrid, a 13 de noviembre de 2000.

Gracias

(A Elena, Esther, Isa, Isabel, Lorma, Lucía, Rosa
y Sofía, en virtud de todo lo que significan para mí)

Con tu sonrisa modelaste mi sonrisa más sincera
mientras crecía a la vez mi alma,
floreciendo entre tus manos.

A tu lado,
nunca existieron los fríos silencios,
ninguna palabra flotó haciendo suyo el vacío:
el pulso que esperaba encontrar, cada respuesta,
en ti siempre lo encontró.

Porque tu tristeza fue siempre mi tristeza,
y tu alegría, mi alegría.

En las largas noches,
contemplábamos cada vivo resplandor,

al unísono, rozábamos el destello
de inmensas ilusiones, de ardientes inquietudes,
y brillaba el firmamento contenido en nuestros ojos.
Y brillaba el firmamento,
y brillaban los blancos sueños
que el amanecer luminoso,
después, delicadamente,
nos guardaba entre su luz.

Porque tu tristeza fue siempre mi tristeza,
y tu alegría, mi alegría.

Y hoy, vamos surcando el horizonte de la vida
junto al timón de un mismo barco, venciendo tempestades,
haciendo más intenso el caminar,
dejando en el viento claro de los días
grabado intacto nuestro nombre.

Sí, hoy, que siento entre mi alma tu presencia,
que estoy sintiendo entre mi alma
la cercanía tan grata, la pureza,
de tu regalo más valioso,
del más profundo que me puedas dedicar:
tu amistad, amiga.

Porque tu tristeza será siempre mi tristeza,
y tu alegría, mi alegría...

Os quiero.

Madrid, a 13 de diciembre de 2000.

Juan Carlos Pantoja Rivero

Tristán conoce su destino en un cabello rubio traído por dos golondrinas a través del viento

No entiendo los misterios escondidos
en la alada presencia de un dorado
destello entre los vientos encantado;
su brillo de mil oros encendidos.

Me es ajeno el porqué de sus lucidos
fulgores de amarillo matizado,
la seda de su tacto refinado
que intuyo en el tropel de mis sentidos.

Pero me sé llamado a la quimera
salina de su mundo ultramarino,
a la playa inquietante que me espera

tras los pliegues del mar y del destino;
conozco su palabra verdadera,
su delicado acento cristalino.

*Ginebra es intuita por lanzarote entre el golpear
metálico de las armas*

Una nube de flores es tu pecho,
esparcida en mitad de la batalla:
combate singular en donde estalla
la guerra del deseo insatisfecho.

A degustar tu vientre voy, derecho,
por saciar esta sed que no se calla,
que busca tu licor y no lo halla,
perdido en la penumbra de tu lecho.

Y me confundo con las margaritas.
Me ensordece el batir de las espadas,
extraño en el jardín al que me invitas,

como las fieras armas, desgastadas
en el fragor de empresas infinitas.
Y me acechan tus flores deseadas.

Antonio Illán Illán*Algo de Dios*

Quién pudiera
hablar
con la leve vanidad
de una flor silvestre
que crece en medio de las zarzas...

Quién pudiera deslizar la palabra
con la humildad de un pez
que se evade de la red
en el agua...

Quién pudiera sentir
la piel negra
oblicuos los ojos
los cabellos rubios
el color indio
de la tierra...

Quién pudiera
acariciar
con manos pequeñas
la extensa noche que a todos hace iguales

y tender con la caricia
el puente infinito que une nuestras vidas...

Quién pudiera
tener
algo de Dios
en los ojos de hombre
para mirar lo uno y lo diverso
y no notar la diferencia...

Quién pudiera
vivir
el espontáneo asombro
de un niño...

Quién pudiera...

En mi corazón guardo

En mi corazón guardo la palabra
de labios sinceros,
la mano tendida
en el certero momento,
los oídos que escuchan
mi voz y mi silencio,
el hombro donde reposar la vida
cuando la pendiente
se vuelve cuesta arriba.

Pero, si quieres, de verdad,
que sea sincero,
lo que aún de verdad valoro

es en el silencio
la caricia de tu piel,
tus abrazos y tus besos
y esos ojos que hablan,
cómplices y discretos,
que en la tregua de los párpados,
como el aliento en el espejo,
desnudan el alma.

En mi corazón guardo
las palabras y los sueños.

Manuel Quiroga Clérigo

VERSOS DE TEL AVIV Y GALILEA

*«El navegante conoce la luz
arrebataada al olvido, es su pasajero».*

(David Delfín: «Alrededor». Libros del
Palafrén, Málaga, 1.999).

Hoy todo me recuerda tu perfume, las paredes
en que quedan tus libros, los momentos
que vives sosegada con las músicas suaves,
el silencio frugal, el rincón que te acoge.
He cogido las hierbas olorosas que forman mi paisaje.
He traído su olor y el tuyo a esta geografía
y ahora permaneces siendo parte de todo el universo
que siempre me acompaña, es decir de poemas
que escribo en madrugadas, de recuerdos
de algún mar ya lejano en que tú existes siempre,
de los senderos verdes que un día acariciaste,
del canto de los pájaros, de los prados lejanos,
de tus pasos de miel, de tu intensa mirada.
Rememoro tus labios como fresa,
tu palabra profunda invadiendo los bosques,
el corazón de espuma, la más frondosa música.
Luego invento tu voz, tu sombra perfumada,
tu aliento riguroso que olvida acantilados.

Hoy eres mi sonido
en la dulce colina
de esta primavera ametrallada.

Tel Aviv, 28-4-2001

No te cuento esta tarde una historia de hadas.
Ni siquiera te cuento una historia de miel y de tranvías:
los tranvías son hadas que ennoblecen la noche
con su voz infantil de luciérnaga y de lago.
Sí, te describo el mar (Mediterráneo, azul y soleado), ese oasis
de fuentes siempre quietas, de lluvias atrapadas,
de alguna ceremonia perfecta, ilusionante.
Pero luego regreso a toda la memoria de tus ojos de cielo,
a los techos abiertos para inventar leyendas de azúcar y sirena,
a los perfectos montes de aromáticas flores,
a tu escote de edén sorpresivo y vibrante,
al destino vital de tus pechos de almendra,
a tanta sensación de amor y de jardines.
Vivo tu lencería, tu amor de madrugadas, esos pasos de abeja,
distancias de gacela, unos ecos de luz interminable,
tu espalda como prado.
Y hablo también ahora de tu ausencia de río,
de tus labios inmensos derramando azahares.
Sueño con regresar a tus manos de seda,
cuando ya soy rumor de manantial de otoño,
a tu afecto de nube y a tu espejo de ave.
Voy dibujando acaso esos mundos de octubre:
solo existen las hadas cuando vuelvo a tu lado.

Tel Aviv, 29.4.2001

Deseo hacer constar aquí y ahora
que éste es sólo un ávido manual de tristezas.
Pero también sería un recuento de rosas,
de tórtolas, suspiros, de ternura, de mares.
Son mares que permiten coleccionar infancias,
acercar al azogue de todos los espejos una imagen
de los campos oliendo a manzanilla, a orégano,
a fronteras de sándalo, a esos parques de amor y mariposas.
Entre melancolías surgen fluidas, leves,
en la Alta Galilea, en campos de mezquitas, nidos de garzas,
los párpados abiertos, las orillas, vientos de soledad.
Ya te digo: prefiero a todas horas tu figura de árbol arraigado
con un vestido azul o desnuda cerca de la ventana.
Eres la mejor música, la suave madrugada, la atardecida duda.
Amo, igual que siempre, tu perfil de eucalipto temprano,
tus pasos de gaviota y de horizonte, ese mundo de espigas
[y luciérnagas.
En la apacible tarde de olivos y naranjos, de los pájaros quietos;
en la mística nave de horizontes pensados;
con nítidas leyendas de herméticos rosales,
queda un rumor de sauces, de semillas de trigos de islas
[encantadas.
Y en el rincón más limpio de la fronda, allí donde descansan
las níveas mariposas
se recuerda paciente tu figura de ave.
Cruzamos Nazareth, el destino perdido de todos los suspiros;
nos sigue persiguiendo un pasado de sombras y un presente
[de nadas.
¿Qué estamos precisando, poseer una espada, una azotea,
[un lago
con peces transparentes en su intensa prisión?.

Hacia Galilea, 29.4.2001.

La ternura era, entonces, un puerto permanente; era, acaso el lugar de caricias, dimensión del amor, diamante que brilla. Era toda la luz, la cierta cercanía, el susurro constante, arco iris de paz, esa florida estancia, en que la vida crece. Y también los suspiros. Desear tu presencia de una forma
[continua,
aspirar tu fragancia de lavanda y romero, aquel olor a lilas, el recurso al amor silencioso y oculto, esperarte llegar siendo al fin primavera, construir las montañas en tus dedos de miel. Por Magdala las tórtolas vuelan en los arbustos, van construyendo nidos para futuros blancos. Nos acecha el rubor, la existencia sin límites, gestos para el afecto, las soleadas tardes. Vamos viajando siempre hacia un amplio cristal. Y aparecen las rosas junto a los quietos pasos como si recordáramos que el presente tan solo pretérito será.

Solo es Maghar, al fin, donde se nos acoge con su extensión de olivos, pálidas jacarandas, las casas que se hunden junto con la ladera, sus mezquitas, iglesias, su bíblico paisaje, esa eterna calima resguardando los campos. La enquistada tristeza y toda la memoria de músicas de ayer siguen deambulando por esta tierra fértil. Queda el recuerdo intacto de tus labios de aurora.

Maghar, 30.4.2001.

Hay minutos de fresa y hay momentos de sangre
como hay mares de sal y en los ríos tristeza.
Pero siempre aparece el rumor suficiente
de tu existencia abierta a futuros de árbol.
Es como si encontrara todo el mar floreciendo
en los acantilados para albergar rosales,
como si tras tus pasos de figura de avena
regresara por siempre tu sonrisa de antaño.

Desde la Tierra Santa
eres más que un recuerdo
y más que una metáfora.

Mughar, 30.4.2001

Para Pilar, cercana.

Cristina Arias Vega

Me duele el pecho, una vez más, me duele el pecho. Y es por ti, me duele el alma, sin piedad; me quema el corazón y las entrañas. Te quiero.

Si cinco años después estamos igual, o peor ¡qué quieres que le haga! No tengo más remedio que sobrevivir. Cuando los buenos recuerdos se convierten en pesadillas, cuando vemos que el amor florece en un incendio del corazón, cuando nos dejamos llevar por las riendas de la ilusión, es que todo va a ir a peor.

¿Por qué tuve que olvidarte? Si no lo hubiera hecho, ahora no tendría que correr ni que esforzarme, ni notar cómo me tiemblan las manos para hablar. No tengo otra elección que desearte, y no tengo otra cosa que ofrecerte; no puedo, por menos, soñarte en la noche de cristal azul, bajo el cielo nuboso y bello tras las lágrimas del deseo y de la duda. ¡Qué incomparable belleza la que observa cada día la persona enamorada! ¡Qué exuberante es la fuerza esquiva de la persona amada, cuando huye por los pasillos, rauda y veloz como un suspiro, como un beso inexistente, como una sombra, como yo misma, como el ansia que devora el corazón. ¡Cómo te quiero; Dios, cómo te quiero! Yo por alcanzar tu nivel me pasaría el día dando volteretas sólo para rozarte las vestiduras. Yo, para ofrecerte agua, cruzaría los mayores desiertos a pie. Yo considero tu recuerdo como un regalo de Dios. Y no dejo de pensar que me

conformo con un «hola» y un «adiós». No más; ¡qué absurdo! Casi preferiría que me humillaras para poder tener presente tu voz en mis oídos ¡Y nunca palabras tan fatales pudieron causar mayor afecto ¡Soledad, tú que me comprendes, hazle ver que a mi lado no está solo. Amor, tú que vienes discreto para irte y patearme el trasero otra vez, ¡no me abandones ahora! Sólo quiero una palabra, un corchete, un paréntesis camuflado entre el «hola» y el «adiós» de dos veces por cinco años. Tú quieres la tranquilidad que yo no puedo ofrecerte, yo deseo el amor que tú nunca comprendes. Yo quiero un sueño en mi almohada, un busto en mi pecho, un rostro en mis ojos, una boca en mis labios, unas manos que moldeen mi corazón. Te quiero a ti, sólo, único. Ambición desmesurada de los siglos encerrados. Te quiero a ti, sin más, destronado y recluso las horas infinitas. A ti, con tu mirada soñadora, tus maneras que en nada se parecen a las de los demás, tu espíritu, tu alma, tu cuerpo todo. lo quiero, lo adoro, te busco, te encuentro. Te quiero a ti.

UN FLUIR LÍRICO

MADRID VERSUS BIEDMA.**Autor: Juan Carlos Martínez Manzano.****Ediciones Vitrubio. Madrid, 2001, 55 págs.**

Gil de Biedma, Barral, Kavafis, Maiakovsky, pero también Valle-Inclán, Brodsky, Joyce y el ateneo de Madrid circulan por estos versos. Pero no lo hacen como fantasmas, sino como portadores de alguna historia, de un mundo de ternuras, de indescifrables deseos. El poeta acompaña a sus preferidos poetas, a sus paisajes más cercanos y los hace hablar, saludar a todos los presentes, desde algunos pasados donde, aún, es posible hilvanar vivencias y lamentos. Son poemas cortos, etéreos casi hilvanados a la sombra de una sonrisa agrídulce, con el tono casi burlón de quien se decanta por la soledad, por esa angustia que produce el pasado. Madrid, efectivamente, es el protagonista físico, geográfico, el lugar para tantas penitencias, para tantos sinsabores, el escenario esquivo y violento de tanto pretérito inquietante. «*En esta calma nocturna/aún existen nidos de pájaros vacíos en los percheros*», escribe Juan Carlos Martínez Manzano y después recuerda la llegada a Madrid, en 1956 del grupo de poetas catalanes, «*Bajo el semblante contor-*

sionado de los trenes» u otro primer viaje a Madrid en 1998, cuando también *«los trenes / tenían un cuerpo oscuro / que nadie acariciaba»*. Frente a poemarios de pretendida grandiosidad, este libro nos lleva por las sendas de la sencillez, por esa infinita solución que es la espera y la certeza de que arribar a algún lugar es, ya, formar parte de ese entorno. «Versus Kavafis», tercera parte del libro, contiene poemas que van modelando una obra dramática, un recorrido para comprender tragedias y locuras: *«La locura se contempla a sí misma, / persigue todo aquello que se mueve / y se viste de escombros»*. «El jardín oscuro de Brodsky» contiene versos claros, reflexivos, versos que invitan a la meditación, al hecho de reconocer que Gil de Biedma bebía en los pensamientos de otros poetas, en «Aquellos libros de extraña apariencia». El comienzo del volumen es «Ateneo de Madrid (Cámara mortuoria)» y (II) «Versus Madrid» es una invocación a una patria *«que envejece de noche»*. Quedan las figuras de poetas que imprimen su propia inspiración en versos rotundos, quedan geografías concretas, queda el aire de un eterno fluir lírico y festivo sólo porque contiene poesía.

INVOCAR AL AMOR

SONETOS DE LA PORTUGUESA.**Autora: Elizabeth Barret Browning.****Colección Torremozas, 2001 103 págs.**

Con una delicada traducción de Marta Porpetta, la publicación de los «Sonetos de la portuguesa» de una autora, tal vez excepcional, y poco reconocida en nuestro país. Se trata de Elizabeth Barret Browning, quien fuera esposa del también poeta Robert Browning y se sintiera inspirada por las lecturas de Camoens y sus viajes a Europa, donde supuestamente traducía unos poemas del portugués, dado el interés que había despertado en ella Catarina, la amante del poeta portugués. Mairi C. Rennie, Directora de la «Armstrong Browning Library» de Waco-Texas, institución que prestó su colaboración para la traducción de estos versos, dice en una amable introducción que la autora fue una «Mujer culta, apasionada y experimentada poetisa» y que tras la entrada en su vida de Robert Browning cuando se encontraba inválida a causa de una caída de caballo años atrás, «fue escribiendo una serie de sonetos en los que expresaba sus complejos sentimientos: incertidumbre al principio; alegría más tarde; y, finalmente, su decidida entrega». Marta Porpetta que fue lectora de Español en la Universidad de Baylor, en Waco-Texas entró en contacto con la figura de esta autora y tras profunda lectura de su obra llevó a cabo esta genuina traducción. Se trata de 48 poemas donde la ter-

nura, el gozo por la vida, las reflexiones en torno a la vida y los paisajes o el naciente amor, van configurando a una mujer de excepción capaz de modificar un entorno de cierta tristeza y apartamiento social. El matrimonio con Browning, el nacimiento de su hijo Robert y su huida a París y Pisa fueron etapas de alguna felicidad para tan inspirada autora. Falleció a los 55 años en Florencia, donde se encuentra enterrada. *«En verdad, este amor que es mi orgullo / y que al subir del pecho hasta la frente / con un rubí tan grande me corona / que atrae las miradas y su riqueza muestra ... / Este amor es mi mérito más firme pero / a pesar de todo no amaría si tú no me hubieses / dado ejemplo, enseñándome la manera de amar / cuando, por vez primera, se cruzaron mis ojos / y tus ojos invocando al amor»* Esta edición, bilingüe además, es una posibilidad muy amena para conocer a tan importante autora y degustar unos versos de lúcida musicalidad y de inquietantes insinuaciones líricas, pocas veces concebidas en la poesía escrita en lengua inglesa.

HISTORIA DE CERCANÍAS

EMPLEO TERRENAL.

Autora: María Luz Escuin.

Devenir, Madrid, 2001, 62 págs.

Incluida en la antología poética de Ramón Buenaventura «Las diosas blancas», María Luz Escuin, nacida en Granada en 1.951 y residen-

te en Córdoba es una escritora para quien la poesía abre bellos senderos de expresión. Antonio Enrique ha puntualizado diciendo que la autora de «Los versos en peligro», su segundo libro tras «Extrasístole», es «Poseedora de un mundo poético exclusivo y excluyente». Su tercera entrega a la dispar ventolera de las imprentas es este «Empleo terrenal» que ha publicado de la mano de Juan Pastor, esforzado editor para un mundo que no cree en los versos, aunque haya todavía, sí, quienes creamos en ellos como bálsamo para construir futuros de palabras y de convivencia. El libro de María Luz Escuin se divide en dos grandes partes. La primera, «Poemas del Trance», es una mirada ávida a cuanto la rodea, a aquello que puede transformar su voluntad, a lo que es escenario del mundo alegre y confiado en que vive, pero también contiene una miajita de intimidad, el recuerdo paciente de las tardes vividas, la soledad asomándose a los jardines, la imperturbable historia de tantas cercanías: *«El pie está en la otra orilla / pero al cuerpo le falta / ser astilla del hambre»*. Reflexiones, metáforas, leyendas de lo ajeno, nos invitan a transitar por universos amplios donde es posible la vida, la esperanza. «Manifiesto», la segunda parte, es como una larga confesión, un rebuscar por pretéritos y dudas, una manera de reflejar misterios y otras cuestiones. *«La infancia / dejó de ser un dialecto risueño, / el fósil del cariño, / se cerraron las edades de leche»*. La autora va desmenuzando momentos de ternura, alguna agradecida solución para tanto drama ciego. Y sobre tantas

interrogaciones construye los minutos propios, las pertinencias ajenas. Es como si abandonáramos la oscura decrepitud y camináramos firmes hacia la esperanza, hacia verdaderos futuros de sol. Y lo hacemos como formando parte de una legión de convencidos en el valor de la palabra, actuando con ese «empleo terrenal» que nos facilita iniciar diálogos y provocar certidumbres. *«Miro el día / con su centena calor, / el barniz Dios, / y los demás análisis que existen».*

Índice

pgs

Elisa Romero	5; 59
Jesús Rubio	17
María Antonia Ricas	28
Adelina Esteban	29
Gonzalo Melgar del Corral	31
Julia Pontes	34
Francisco de la Torre Díaz-Palacios	36
Jaime Lorente Pulgar	40
Álvaro Cortijo	42; 64
Amparo Ruiz Luján	45
Paco Morata	47
Elvira Alonso López	51
Fernando Nombela Piñana	54
Jesús Pino	67; 73
Pilar Marcos:	70
Ángel del Valle Nieto	78
Miguel Ángel Curiel	82
Jacqueline Jousset	83
Fernando Joya Zamorano	85
Ángel Pano	92
V.J.G.	103
Ana Isabel Rodríguez Ortega	108
Juan Carlos Pantoja Rivero	111
Antonio Illán Illán	113
Manuel Quiroga Clérigo	116; 122
Cristina Arias Vega	121



Copia digital realizada por el
Archivo Municipal de Toledo
